

Secretos en la isla

Trish Wylie

Secretos en la isla

Trish Wylie

Argumento:

En la isla irlandesa de Valentia, las nubes se acercaban a tierra y de pronto apareció una figura entre la bruma… Era el hombre que llevaba toda la vida esperando sin siquiera saberlo…

Garrett Kincaid podía ayudar a la bella Keelin O’Donnell a descubrir los secretos de su pasado, pero nunca podría entregarle su corazón. Garrett sabía que la vida de Keelin estaba en otro lugar. Lo que no imaginaba era que el poder de la isla iba a cautivar a Keelin y a darle el valor que necesitaba para enfrentarse al futuro. Un futuro que pensaba compartir con él.

Capítulo 1

Keelin O'Donnell había sido siempre una persona que prefería la mañana. Pero aquel día estaba poniendo a prueba su preferencia por las mañanas.

Hizo una pausa, miró calle abajo y suspiró. La casa debía de estar cerca. ¿Moría todavía la gente en los páramos?

Hubo un ladrido que venía de algún sitio cercano.

—Genial —protestó en voz alta—. Ahora voy a ser devorada por perros salvajes…

El ladrido volvió a sonar cerca y ella intentó buscar con sus ojos azules el lugar de donde provenía. La niebla de la mañana estaba cediendo y podía ver algo más que la silueta de los viejos muros de piedra a cada lado: delante de ella se extendían campos aún húmedos por el rocío de la mañana.

Podía oír el ruido del mar como música de fondo y olerlo en el aire. Pero aún con el tranquilizador ritmo de las olas golpeando en las rocas ella se sintió la última persona sobre la tierra. Hasta que su vista periférica vio una sombra entre la niebla.

Los ladridos sonaron más cerca también. Y entonces una voz llamó a uno de los perros, seguido de un silbido. Así que Keelin supo que se trataba de una figura masculina. Un hombre que caminaba en dirección a ella, como en un sueño, como si fuera un fantasma del amanecer.

Salió el sol e iluminó un mechón del cabello negro del hombre. Y Keelin se quedó de pie, inmóvil, mientras él se acercaba más y la miraba directamente.

El hombre era impresionante.

Parecía salido de un anuncio de ropa vaquera.

Cuando él avanzó por aquella tierra irregular con dos perros Springer Spaniel a su lado, ella se sintió transportada en el tiempo.

Debía de ser por la ropa. Llevaba un abrigo de piel vuelta, y un bastón. Parecía Heathcliff, el personaje de *Cumbres borrascosas*.

Keelin sintió que se le secaba la boca. ¿De dónde había salido aquel hombre tan *sexy*? Era un desperdicio que hubiera aparecido en la costa del Condado de Kerry, pensó Keelin.

—Buenos días.

¡Dios! ¡Hasta la voz era seductora! ¿Sería real? Keelin lo miró

cuando él estuvo más cerca. Después de todo, siempre había suspirado por hombres altos, morenos y atractivos. ¿Y quién no? «¡Di algo, Keelin!», se dijo.

Silenciosamente carraspeó y dijo un sensual:

—Hola.

El hombre siguió mirándola.

—¿Está perdida?

Podría haberlo estado, después de mirarlo…

—No, según las indicaciones del hombre del hotel.

—¿Patrick? —el hombre sonrió brevemente.

Y ella notó los hoyuelos en sus mejillas.

—Le dijo que estaba a una zancada de aquí, ¿verdad?

Ella asintió.

—Es una broma que suele hacerle a los incautos, ¿no?

—Me temo que sí —respondió el hombre, y alargó una mano para acariciar a uno de los perros, que movía el rabo—. ¿Adónde quería llegar?

—A Inishmore House.

Keelin intentó no sentirse celosa de un perro. Después de todo, nadie había palmeado su cabeza desde que tenía nueve años, y entonces lo odiaba.

—Se supone que debía estar por aquí. He leído en un folleto que esta isla sólo tiene doce kilómetros de un extremo a otro, así que no puede ser mucho más lejos… Si no me caería por la otra orilla.

—Oh, le quedan un par de kilómetros todavía para que suceda eso.

—Eso me tranquiliza.

Él se acercó al muro de piedra que los separaba. Uno de los perros se asomó y movió una de las piedras con sus patas.

Keelin le sonrió en respuesta y luego volvió a mirar al hombre. Éste tenía unos ojos marrones sensacionales. Pero ella sabía que unos ojos así podían llevarla a sufrir.

—¿Qué la trae a Inishmore House?

Aquello era como decirle: «¿Qué hace una chica guapa como tú en un sitio como éste?», pensó Keelin.

Pero ella no había hecho un viaje tan largo para buscar un nuevo amor, ¿no? A esas alturas de su vida no necesitaba otra complicación.

No. Tenía cosas más importantes de que ocuparse. No podía permitirse distraerse tanto.

Así que cambió el tono de voz, pasó a uno menos cálido y más frío y le dejó claro que tenía algo importante que hacer.

—Estoy buscando a alguien. ¿Queda cerca?

—A una zancada de aquí.

—Muy gracioso.

El hombre se rió controladamente.

Aquella profundidad de su risa le llegó muy dentro y la estremeció.

Debía de ser algo de la atmósfera lo que le producía aquella reacción.

Debía de sentirse seducida por la situación. ¿Sería por escapar de aquello que había ido a descubrir?

No había tiempo para fantasías.

No había ido hasta allí para sentirse afectada por un hombre atractivo.

—Si pudiera señalarme la dirección correcta, por favor… Eso me sería de gran ayuda, gracias.

—Puedo hacer bastante más que eso —él dejó su bastón en el muro y lo saltó, apoyándose en una mano. Luego la miró y agregó —: La llevaré allí.

Keelin había leído demasiadas historias de asesinatos, y aquel hombre le resultaba lo suficiente peligroso por su aspecto y su voz como para permitir que la acompañase.

—No. no se moleste, gracias. Puedo encontrarlo sola si usted me señala el camino.

—Yo voy en esa dirección.

Con ella, no, pensó Keelin.

—No, de verdad, gracias. Estoy segura de que puedo…

—¿Ya no quedan caballeros en las grandes ciudades?

No muchos, pensó ella. Pero ése no era el tema.

—Usted es un extraño. No lo conozco.

—Bueno, eso se remedia fácilmente —extendió la mano—. Soy Garrett…

—No me hace falta saber quién es usted. Lo siento. Sólo necesito llegar adonde voy. No estoy aquí para que me recojan extraños en el medio de la nada.

El hombre bajó la mano.

—Es usted un poco engreída, ¿no?

Keelin vio un brillo burlón en sus ojos. Al parecer el extraño se estaba divirtiendo un poco. Pero era muy tentador.

No obstante no iba a dejarse llevar por un hombre atractivo.

Su madre había ido un día allí y se había dejado llevar por otro hombre, ¿y adónde la había llevado aquello?

—Oiga, señor…

—Garrett.

Ella frunció el ceño. Si su intento de poner distancia y frialdad con aquel extraño no resultaba, tendría que ser más directa.

—Garrett. Estoy segura de que habrá muchas turistas con las que puedas divertirte de vez en cuando… Pero yo no soy una de ellas, ni estoy interesada en divertirme. Tampoco estaré aquí el tiempo suficiente como para dejarme llevar por tu encanto rústico… Así que, ¿por qué no me indicas el camino? Te prometo que diré a la Oficina de Turismo que la gente del lugar es muy amable.

—Acabas de decir que no eres una turista.

—No lo soy.

—Entonces, ¿cómo vas a decirle a la Oficina de Turismo que tengo un encanto rústico?

Keelin suspiró.

—Olvídalo. Encontraré el camino por mí misma.

Garrett se puso al lado de ella y, cuando ésta se giró para mirarlo, casi se tropezó con uno de los perros. Garrett le agarró el codo para sujetarla. Ella se apoyó un momento en su fuerza, pero pronto se recuperó, quitó el codo y se apartó. Lo miró a los ojos y le dijo: —¿Me harías el favor de marcharte, simplemente?

—Ya te dije que voy en esa dirección.

—Bueno, entonces esperaré a que te marches para empezar a caminar.

Keelin se cruzó de brazos, y él sonrió disimuladamente.

—¿Siempre eres tan maleducada con alguien que quiere ser un caballero?

—Sólo cuando estoy perdida en un terreno donde podría ocultarse cualquier asesino.

—¿Tengo aspecto de asesino en serie?

—No hace falta que seas un asesino en serie. Con que pueda asesinarme a mí es suficiente.

—Bueno, yo soy un buen muchacho, te lo juro. Y conozco bien el camino. Tú podrías ir en dirección contraria y caerte por los acantilados, si te dejo. Y eso, definitivamente, arruinaría mi reputación de buen muchacho.

Keelin lo miró.

Luego agitó la cabeza, al darse cuenta de que aquel brillo en sus ojos significaba que le estaba tomando el pelo. Garrett no tenía nada de amenazador. Aunque era extraño que estuviera tan segura después de apenas diez minutos de conocerlo. Era todo muy surrealista.

Le hacía falta un café, un cappuccino tal vez, pensó Keelin.

Ella no dijo nada, y Garrett hizo un gesto con la boca que parecía demostrar que le divertía la situación.

Uno de los perros debió de notar la tensión en el ambiente porque se puso a dos patas como si quisiera saludarla, dejándole la marca de sus pezuñas en el vaquero.

Keelin se echó atrás. Normalmente le gustaban los perros, pero en aquella situación se sobresaltó.

—¡Abajo, *Ben*! —dijo Garrett.

El perro obedeció inmediatamente, se sentó al lado de su amo y lo miró con ojos de adoración.

—Oh, impresionante. Genial —dijo ella.

—Son demasiado sociables a veces.

—Es algo muy habitual en estos parajes, ¿no? —dijo ella sarcásticamente.

Él miró las huellas de las patas del perro en su ropa y luego siguió mirando más abajo.

—¿Eso que llevas son botas de agua?

Keelin se miró.

—Sí. Son botas de agua.

Se las había comprado especialmente para el viaje. En Dublín no hacían mucha falta las botas de agua.

Keelin miró el cabello de Garrett: castaño oscuro.

—¿Qué les pasa a mis botas de agua?

—Tienen flores.

—Sí. Soy una chica —respondió Keelin.

—Sí, de eso me he dado cuenta.

Ella se puso colorada.

—Es que las botas de agua suelen venir en verde o negro —le explicó Garrett.

—¿Y en azul marino?

—A veces.

Ella lo miró. Y casi se olvida de todo al ver lo atractivo que era. Se enfadó consigo misma. ¿Cómo iba a excitarse con una conversación sobre botas de agua?

—Me parece que tienes que salir más a menudo de esta isla.

—¿Y explorar la multitud de posibilidades que tienen las botas de agua fuera de estos parajes?

—Exactamente. Ampliar tus horizontes.

Él se acercó.

—Ya ves… Lo haría… Pero soy un chico. Y ocurre que a los chicos nos gustan las botas verdes, negras o azules. Es más práctico.

Keelin tragó saliva.

—Entonces… ¿Estás dispuesta a caminar un poco más ahora que hemos aclarado el tema de las botas de agua?

—No vas a dejarme ir sola, ¿verdad? —ella lo sabía instintivamente.

Garrett agitó la cabeza.

—No.

¡Maldita caballerosidad! ¿A quién se le ocurría en los tiempos actuales?, pensó ella.

Keelin desvió la mirada, suspiró y dijo, resignada:

—Bueno, ve delante, entonces. Pero, te lo advierto, he tomado clases de defensa personal.

Él se rió por lo bajo y luego dijo.

—Ha estado demasiado tiempo en la ciudad…

—¿Qué te hace estar tan seguro de que soy de la ciudad?

—Se te ve. Tienes aspecto… —la miró— caro.

—¿Me estás llamando burguesa?

—¿Y no es así?

Si él supiera, pensó ella.

—Si me conocieras mejor, sabrías que soy lo menos burgués del mundo. Pero, por favor, no te cortes en formarte una idea prejuiciosa sobre mí.

—Es por eso que estás disfrutando tanto de estar en la isla, ¿no? —comentó con ironía Garrett.

No, ése no era el motivo por el que no estaba disfrutando de la isla.

Ella miró el camino que bordeaba el muro de piedra. Un poco más allá había una bifurcación. Cualquiera de los dos caminos podía ser la dirección correcta.

Keelin suspiró y confesó:

—No es culpa de la isla. Me pongo tensa cuando estoy nerviosa.

—Y yo te estoy poniendo nerviosa, ¿verdad?

Ella lo miró y, con una sonrisa malévola, respondió:

—¿Y ahora quién es el engreído?

Él sonrió. Se le formaron unos hoyuelos en las mejillas.

¡Dios, qué sonrisa! Pensó ella, y rió.

—Así me gusta más —dijo Garrett, riéndose y acercándose a su oído—. ¿Ves? Ahora pareces menos burguesa.

Ella estaba sonriendo aún cuando Garrett llamó a los perros con un silbido.

—¿Coqueteas con todas las mujeres que se pierden en la isla?

Él le clavó la mirada, y dijo:

—A lo mejor eres tú quien saca esa parte de mí.

Keelin puso los ojos en blanco. Y él volvió a reír suavemente.

Luego caminaron un rato en silencio.

—¿Y por qué estás nerviosa?

—Digamos que todavía no sé bien qué estoy haciendo aquí.

—¿Conoces a alguien de Inishmore?

—No. Todavía, no.

—¿Te espera alguien? —preguntó él después de un momento.

—No, no lo creo.

Él asintió con la cabeza, como si estuviera confirmando algo que había supuesto.

—Entonces, ¿traes malas noticias?

Keelin miró hacia el cielo, y dijo:

—Algo así.

Garrett la miró con una sonrisa, y dijo:

—A nadie le gusta llevar malas noticias. No me entraña que estés nerviosa.

Keelin lo miró, fascinada por su sonrisa.

Garrett apretó su codo suavemente y comentó:

—No son mala gente. No matarán al mensajero.

—Eso depende de lo que les diga el mensajero, ¿no crees?

Garrett levantó una ceja y preguntó:

—¿Son culpa del mensajero las noticias?

—No —susurró ella.

Ella había pensado que estaba mejor preparada para aquello de lo que estaba, pensó.

Había reflexionado consigo misma que, si la rechazaban, sabría encajarlo. Pero la verdad era que una parte de ella se sentiría herida si la rechazaban. Y si no averiguaba lo que estaba buscando.

Tal vez hubiera sido mejor dejarlo correr y seguir adelante con su futuro, en lugar de estar a punto de confesarle algo a un desconocido.

Garrett presionó suavemente su codo, sacándola de su melancolía, de manera que ella tuvo que levantar la mirada.

Garrett sonrió cálidamente y ella sintió el calor de su sonrisa en su pecho. Y aquello la tranquilizó un poco.

Lo miró con curiosidad.

No había conocido a ningún hombre como él. Tenía algo que la fascinaba.

Era irresistible. Sí, «irresistible» era una buena palabra.

Él le soltó el codo.

—Dermot Kincaid es un buen hombre. Escuchará lo que tengas que decirle, sea lo que sea.

Keelin agrandó los ojos, sorprendida.

—¿Lo conoces?

—Sí. Lo conozco. Y a juzgar por tu mirada de hace un minuto, el motivo por el que lo has venido a ver es importante. Él se dará cuenta y te escuchará. No todos los habitantes del pueblo son asesinos en potencia.

A ella le costaba respirar. Por fin pudo preguntar:

—¿Qué aspecto tiene?

—El aspecto normal de un hombre a su edad. Ha vivido mucho, así que tiene bastante sentido común, lo que puede ser molesto cuando crees que tienes razón y él sabe que no la tienes… Y como tiene ciertas ideas formadas a lo largo de su vida, puede ser muy cabezón cuando quiere —le sonrió brevemente, y se le formaron hoyuelos en las mejillas—. Pero sabe apreciar la belleza en una chica, así que no tendrás problema.

Keelin se puso colorada otra vez.

Garrett se dio cuenta. Se rió y dijo:

—Sí, le gustarás, aunque podría ser tu padre por la edad.

Ella se alegró de que él girase la cara en el momento de pronunciar sus últimas palabras.

—La casa está allí… —Garrett se la señaló con el dedo.

Era una casa de piedra grande en medio de una granja.

Ella se quedó petrificada. Al verla inmóvil, Garrett le preguntó:

—¿Qué sucede?

Keelin frunció el ceño. Se había sentido tan impresionada al ver la casa que se había olvidado de que él estaba allí. No podía explicarle por qué le costaba tanto dar los últimos pasos hacia allí. Garrett no podría comprender que a ella le hubiese costado toda la vida llegar hasta allí.

Así que buscó una respuesta menos comprometida.

—¿Y no podrías haberme dicho que la casa estaba pasando la siguiente curva?

Él sonrió lacónicamente.

—¿Y estropear la diversión?

Keelin levantó la barbilla y pasó por delante de él.

—Realmente te hace falta salir un poco de esta isla —dijo, altiva, y siguió caminando.

Ella no se dio cuenta de que él seguía caminando detrás de ella hasta que sus perros se detuvieron moviendo la cola delante de la puerta de una cerca mientras esperaban que se abriese.

Keelin se detuvo, los miró y luego dirigió la vista a Garrett mientras éste abría el cerrojo.

—No hace falta que me acompañes hasta la casa. Puedo ir sola desde aquí.

—Ya te he dicho que voy en esta dirección.

—No creo que te hayas referido a llegar hasta la casa.

Garrett dejó la puerta abierta para que pasara ella. Los perros habían entrado primero.

—Tengo que entrar. Vivo aquí.

Keelin lo miró, sorprendida.

—¿Vives aquí?

Garrett asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, vivo aquí, de momento. Estoy construyendo una casa cerca de aquí, pero éste ha sido mi hogar durante mucho tiempo. He intentado presentarme, pero tú no has querido que lo hiciera. Y por cierto… tampoco sé tu nombre —levantó una ceja.

Keelin todavía estaba tratando de digerir la nueva información.

—No te lo he dicho, y tú no me lo has preguntado.

—Bueno… Podemos arreglarlo.

Garrett extendió la mano hacia ella para presentarse, pero Keelin pareció dudar en aceptar el contacto con su piel.

Él volvió a levantar una ceja, como interrogante. Finalmente ella le dio la mano y dijo:

—Me llamo Keelin O'Donnell.

—Hola, Keelin O'Donnell. Mucho gusto en conocerte. Yo soy Garrett Kincaid.

—¿Kincaid?

—Sí, Kincaid.

Keelin soltó su mano como si le hubiera quemado.

—Mi padre debe de estar en la cocina.

Keelin pasó por la puerta automáticamente. «Su padre», sonó en su cabeza.

Su padre, a quien ella había ido a buscar desde tan lejos. Era irónico que hubiera conocido a un hombre que la había impresionado después de mucho tiempo, y descubrir que en vez de que él fuese un asesino en serie, aquel hombre atractivo e irresistible era un miembro de la familia.

¡Oh, Dios! ¡Hasta podría ser su hermano!

Capítulo 2

Mientras los perros corrían hacia sus cestos, Garrett miró a aquella rubia con cara de terror.

Era una mujer misteriosa.

Y para ser sincero, ya la había considerado misteriosa antes de saber adónde iba. No le ocurría muy a menudo el encontrarse con una mujer guapa en medio de la nada a primeras horas de la mañana.

Tenía algo especial… ¿Qué era?

—¿Has ido a ver el ganado? —sonó la voz de su padre desde el enorme fuego que dominaba la cocina, de espaldas a la puerta—. ¿Todo bien?

—Sí. Todo en orden —Garrett giró la cabeza y agregó—: Adelante, Keelin.

Keelin tomó aliento y entró en la habitación, buscando con los ojos al otro ocupante.

Éste se dio la vuelta y la miró con curiosidad.

—¿De dónde diablos has sacado a esta criatura tan encantadora? Te he mandado a ver el ganado durante años y nunca has vuelto con alguien así… —bromeó el hombre.

—Ella no está aquí para verme. Ha venido a verte a ti.

Los ojos de Dermot se encendieron mientras guiñaba un ojo a Keelin. Luego palmeó la espalda de Garrett y dijo:

—Hijo, de verdad, no deberías haberte molestado. No es mi cumpleaños hasta dentro de un mes.

Pero su intento de humor no surtió efecto en Keelin, quien se estaba poniendo cada vez más pálida. Tenía un aspecto casi sobrehumano con aquella piel tan blanca y aquellos ojos azules.

Dermot le dio la mano, pero ella pareció encogerse un poco. Y Garrett se preguntó por qué aquella mujer tenía tantas contradicciones. Era una mujer mundana en un momento y al siguiente se transformaba en una chica inocente y tímida.

¿Quién era la verdadera Keelin O'Donnell?

Garrett carraspeó y dijo:

—Paddy McIlroy la ha enviado aquí desde el Hotel de Kinghtstown.

—¿A pie? —preguntó Dermot—. Una buena zancada, ¿no?

Keelin pareció recuperarse de su impresión y contestó:

—No usó esa expresión, si no, hubiera usado mi coche.

—Paddy tiene un sentido del humor muy particular.

—Sí, eso parece.

—¿Y qué es lo que te trae por aquí? ¡Claro que la visita de una chica bonita siempre nos alegra!

Garrett no pudo reprimirse una sonrisa. Se inclinó hacia Keelin y le dijo:

—Te he dicho que le ibas a gustar.

Keelin se puso colorada, algo que le gustó a Garrett.

Era raro en aquellos tiempos que una chica se pusiera colorada tan fácilmente. Sobre todo una chica de ciudad.

Otra contradicción. Las mujeres de ciudad eran demasiado seguras como para que se sonrojaran, ¿no? Garrett lo sabía por experiencia. Le había resultado *sexy* una vez aquello.

Pero sólo una vez.

—Dale una taza de té a la chica —dijo Dermot a Garrett—. La tetera está en el fuego.

Garrett levantó una ceja cuando ella lo miró. Keelin le sonrió levemente, así que él asintió y dijo:

—¿Con leche y sin azúcar, por ejemplo?

—Sí, gracias —respondió ella.

—Siéntate, siéntate —dijo Dermot, ofreciéndole una silla en la cocina—. Keelin, ¿verdad? ¡Qué nombre tan bonito! ¿Has venido aquí de vacaciones? ¿Conoces la isla? Es un lugar muy bonito, ¿no?

—Keelin podría contestarte si hicieras una pausa para respirar —dijo Garrett mientras agarraba una taza y servía té—. Déjala hablar.

No era que él dudase que ella pudiera hacerlo, si quería. Pero algo había cambiado en ella desde que había entrado en la casa. Y Garrett quería averiguarlo. La curiosidad lo estaba matando.

—No estoy aquí de vacaciones —respondió Keelin. Y empezó a buscar algo en su bolso. Garrett esperó para darle la taza de té.

—He venido aquí para traerle algo que creo que le pertenece.

—¿A mí? —preguntó Dermot, sorprendido—. ¿Estás segura?

—Sí —Keelin miró a Dermot un momento. Luego a Garrett para aceptar el té—. Gracias —le dijo a éste. Garrett sonrió.

—Ya me has dicho «gracias». Es sólo una taza de té. Keelin O'Donnell. No es para tanto.

Hubo un silencio, que fue interrumpido por Dermot:

—¿O'Donnell? —repitió.

Garrett lo miró, achicando los ojos al ver que lo pronunciaba

con tanta sorpresa.

A Keelin le había sorprendido que su apellido fuera Kincaid.

¿Qué diablos estaba sucediendo?

Keelin sacó un paquete de cartas amarillentas y dejó encima de la mesa. Lo miró y respondió:

—Sí.

La respuesta fue en tono bajo, pero dada con determinación. Y la cara de Dermot fue dramática. Éste la miró detenidamente, como si estuviera buscando algo, como si por primera vez no le salieran las palabras.

Aquello sorprendió a Garrett. Y cuando miró a Keelin vio que ésta estaba mirando a Dermot del mismo modo. Luego dirigió su mirada a Garrett, y este sintió un cosquilleo en su interior. Keelin parecía perdida. Y de pronto él recordó lo que le había dicho antes a Keelin en relación a que su padre escucharía cualquier cosa que ella fuera a decirle. Y la había tranquilizado diciéndole que todo iría bien…

Garrett no mentía, y no dejaría que su padre lo hiciera quedar mal.

—Al parecer, vosotros dos os conocéis, ¿no? —Garrett miró a ambos alternativamente y se sentó al lado de ella.

Finalmente Dermot miró las cartas atadas con una cinta. Keelin las estaba acariciando ausentemente.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Dermot, mirándola.

Keelin tragó saliva.

—Hace un mes y medio —asintió Keelin con los ojos brillantes.

—Lo siento, criatura.

Ella volvió a asentir y bajó la mirada. Luego, cuando recuperó el control, dijo:

—Pensé que tal vez querría esto.

Dermot asintió. Y aunque Garrett tenía millones de preguntas, se calló. Hubiera sido como inmiscuirse en algo muy privado.

Su padre agarró las cartas, y las acarició del mismo modo que lo había hecho Keelin, como si fueran algo muy preciado; algo con un valor no monetario.

—Gracias por traerlas —Dermot la miró otra vez con una sonrisa y le habló en tono seductor—. Te pareces a ella.

—Lo sé —sonrió Keelin trémulamente en respuesta—. Me lo dicen siempre.

—Ella tenía tu edad… —hizo una pausa y carraspeó—. Garrett, trae algo de comer a Keelin, ¿quieres? Estoy seguro de que tiene hambre después de semejante caminata.

—Estoy bien, de verdad —sonrió brevemente—. He comido muy temprano en el hotel.

Garrett asintió. Le costaba hablar cuando veía los ojos brillantes de Keelin y su sonrisa. ¡Maldita fuera! ¡Keelin era muy hermosa!

Mirarla era como volver en el tiempo y reconocerse como el que había sido en el pasado. Y al parecer, aquella persona a la que se parecía Keelin debía haber impresionado también a su padre.

Dermot agarró las cartas y se disculpó.

—Tendréis que disculparme un momento.

Garrett no entendió nada. Keelin se puso de pie también y dijo:

—Esto ha sido un error.

Garrett la miró y respondió:

—Espera —le agarró la mano—. Estoy seguro de se mi padre regresará. Esto no es típico de él.

Pero no sería el primer Kincaid que actuase de forma extraña frente a aquella mujer, ¿no?, se preguntó Garrett.

Keelin quitó la mano y, evitando mirarlo, dijo:

—No, de verdad, no debí venir. Y tal vez lo supiera antes de venir…

Él notó el temblor en su voz y el brillo en sus ojos cuando miró hacia la puerta. Y de repente supo que no quería que Keelin se marchase. No en aquel estado de turbación.

En parte era él quien tenía la culpa, por asegurarle que su padre no mataría al mensajero, aunque él todavía no supiera cuál era la noticia.

—¿De quién estaba hablando? —preguntó.

—De mi madre —respondió ella después de tragar saliva.

Garrett dedujo algo.

—¿Ha muerto?

—De cáncer de pecho —asintió ella.

Garrett se encogió al oírlo y se maldijo por no saber qué decir. Después de todo, ella no era la primera chica a la que hubiese tenido que hablarle sobre la muerte de su madre.

Pero antes de que Garrett pudiera reaccionar, la vio fuera de la habitación.

—¡Espera!

Ella estaba junto a la puerta de la cerca cuando él la alcanzó.

Le puso la mano en el hombro y la obligó a mirarlo. Y cuando lo hizo, ella no pudo esconder sus lágrimas.

Garrett maldijo internamente.

Ella se dio la vuelta de nuevo e intentó abrir el cerrojo.

—Tengo que salir de aquí —agitó la puerta nuevamente

mientras su voz rota se quejaba del cerrojo.

Él la observó. No sabía si hacer lo que debía hacer o lo que ella más podía necesitar en aquel momento.

Cuando le pareció oír un sollozo, Garrett dijo:

—Déjalo, Keelin. Para… —fue hacia ella—. Ven aquí…

Y aunque aquello estaba fuera de lugar totalmente con alguien a quien acababa de conocer, la estrechó en sus brazos.

—No puedo dejarte marchar en este estado.

Ella intentó soltarse.

—No es problema tuyo —dijo.

—Es posible que no lo sea, pero si corres en la dirección equivocada y te caes de la isla, me sentiré responsable.

—Déjame ir, Garrett —ella siguió tratando de soltarse.

—No. Date un minuto, simplemente.

Garrett no la soltó. Esperó, sujetándola firmemente por la cintura hasta que Keelin se quedó quieta, y sollozó contra su pecho, encima de su corazón, de manera que el sonido vibraba a través de él. Después de un momento ella pareció relajarse, y Garrett supo que ella ya no intentaría soltarse. Y esperó a que se serenase, acariciándole la espalda, como si estuviera consolando a un animal herido, tratando de ganarse su confianza.

—Bueno, por algo se empieza, ¿no? —dijo ella con voz apagada pero más fuerte.

—¿Te refieres a llorar? ¿No lo hacen todas las mujeres?

—No. Lo hice la primera vez que vi la serie *Lassie*. Y nunca había llorado en el pecho de alguien que he conocido hace veinte minutos.

—Has perdido a tu madre. Es normal que llores. Solo que yo estoy aquí, eso es todo.

Keelin se puso rígida en sus brazos otra vez y luego se echó atrás, separándose de él. Se pasó las manos por las mejillas húmedas y dijo: —No debí venir… Estuve a punto de no hacer el viaje. Y ahora sé que no debí hacerlo, esto ha sido un error.

Garrett la observó agitar la cabeza. Sintió que le sobraban los brazos y metió las manos en los bolsillos.

—Supongo que Dermot la conoció, ¿no?

—Hace mucho tiempo.

—Bueno, evidentemente no la olvidó.

Keelin sonrió.

—Mi madre tenía ese efecto en la gente. Una vez que la conocían, no la olvidaban.

—Entonces, me parece que Dermot tiene razón cuando dice que

tú te pareces a ella —dijo Garrett.

Ella lo miró, sorprendida.

—Será mejor que vuelva al hotel.

—Te llevaré en el coche.

—No es necesario…

—Ya sabes que es una buena caminata… No seas tonta.

—Me hará bien caminar.

—Eres muy dura…

De pronto Keelin frunció el ceño y la chica urbana pareció regresar:

—¿Siempre eres tan mandón?

—Sí —le sonrió a medias Garrett—. Te acostumbrarás a ello. Lo hace la mayoría de la gente, con el tiempo.

—No voy a estar mucho tiempo aquí como para acostumbrarme.

—Bueno, entonces, acéptalo por una sola vez.

Cuando ella fue a abrir la boca para contestar, Garrett sacó las manos de los bolsillos y le dijo, señalándola:

—No te muevas, que iré a buscar las llaves del coche.

—Puedo caminar.

—Puedes intentarlo. Pero yo te alcanzaré en un minuto. Así te desharás de mí más rápido, piénsalo.

Dermot volvió a aparecer cuando ella estuvo sentada en su Range Rover.

Golpeó la ventanilla de Keelin y Garrett la bajó.

—Me llevó un minuto encontrarlas. Siento haberte hecho esperar.

Dermot le dio otro montón de cartas por la ventanilla. Keelin las miró mientras las agarraba. Levantó las cejas, interrogantes.

—Dirás que soy un sentimental, pero yo también guardé las suyas. Tú deberías tenerlas. Así puedes ver los dos lados de la historia.

—Gracias —susurró Keelin.

Una mano apareció por la ventanilla y le apretó suavemente el hombro.

—Ven a cenar más tarde —dijo Dermot—. Garrett irá a buscarte. Me gustaría tener la oportunidad de conocer a la hija de Breige, si a ti te parece bien…

Garrett contuvo la respiración hasta que Keelin asintió. Entonces sonrió internamente y puso el motor en marcha y salió a la carretera.

—Te he dicho que Dermot regresaría… —le dijo Garrett—. Ahora tendrás la oportunidad de acostumbrarte a que yo sea

mandón…

—No creo que lo logre una cena.

—Bueno, entonces tal vez tendré que pedirle a Dermot que te diga que te quedes más tiempo. Él te cae mejor que yo.

Ella le sonrió.

—Es más atractivo que tú —dijo.

Garrett agitó la cabeza mientras miraba por la luna de delante.

—No, no lo es…

Al ver que ella no discutía, él sonrió. Se alegraba de que Keelin hubiera cambiado el estado de ánimo. ¿Qué hombre podía sentirse cómodo viendo llorar a una mujer, después de todo?

Cuando llegaron a Kinghtstown, él la miró. La vio aferrada a la pila de cartas.

Garrett quería saber la historia de aquellas cartas. Y no sólo por el misterio que rodeaba a su padre y a su madre.

Quería saber por qué una segunda generación de la familia Kincaid se sentía fascinada por una segunda generación de O'Donnells. Aunque se tratase de una mujer de la ciudad, una mujer que no tenía lugar en un sitio como Valentia. Ellos eran como el aceite y el agua, Garrett lo sabía, por experiencia.

Aquella fascinación se iría agotando con la familiaridad. No iba a cometer el error dos veces. Daba igual lo hermosa que fuera Keelin O'Donnell, o las ganas que tuviera de estrecharla en sus brazos y darle consuelo.

No volvería a pasar por ello.

Era mejor no involucrarse en una relación con una mujer, disfrutar sólo de una relación sin ningún compromiso afectivo. Y si deseara algo más, debía pensar en que tenía la responsabilidad de Terri, y su bienestar.

Era más importante para el que cualquier otra cosa.

Capítulo 3

Keelin pensó hacer las maletas y tomar el próximo *ferry*, Pero todavía había una parte de ella que quería quedarse, y saber. Para poder cerrar ese capítulo y seguir adelante con su vida.

Lo que pasaba era que no había calculado que podía aparecer un hombre como Garrett en medio.

Debía de tener… ¿Treinta y pocos años? Lo que quería decir que Dermot Kincaid debía de haber sido un hombre casado cuando su madre lo había conocido. Y, a pesar de la filosofía de vida bohemia de su madre, aquello no le gustaba a Keelin; era una carga para ella.

Como no le gustaba sentirse atraída a primera vista por alguien que podría ser su hermanastro…

Pero no estaba segura de que Dermot fuera su padre. Excepto que las fechas coincidían. Bueno, por lo que sabía de las cartas.

Las cartas de su madre podían desvelar más detalles. Pero no se atrevía a leerlas.

Aquella parte de la vida de su madre tan desconocida ponía de manifiesto, por otra parte, lo poco que la conocía, y las carencias que había tenido como hija debido al estilo de vida de su madre y su temperamento «artístico».

Keelin había estado tan enfadada con ella de pequeña… Y aunque habían hecho las paces antes de que su madre muriese, después de su muerte Keelin se había quedado con un vacío dentro, un vacío que había esperado llenar con las cosas que nunca había sabido. Como si eso pudiera facilitarle seguir adelante.

Aquel viaje había sido un intento de poner las piezas del *puzzle* en orden. De darle un sentido a todo lo que había sucedido para poder dejarlo a un lado y seguir adelante. Era como si le faltase algo, como si esperase algo. Y hasta que no lo consiguiera fuese incapaz de vivir realmente.

—Tú te pareces más a tu padre que a mí —decía su madre.

Era una forma de justificar la diferencia de sus personalidades, en la época rebelde de su adolescencia. Entonces ella había sentido que el estilo de vida de su madre había arruinado su propia vida.

—¿Y cómo puedo saberlo si nunca hablas de él? —le había contestado Keelin.

Agarró el bolso y sacó el atado de cartas. Sería su última

oportunidad de comprender a una mujer que nunca la había comprendido a ella. Y de poner las piezas del *puzzle* que faltaban, y que habían conducido a su existencia.

No quiso dar importancia a su aspecto ni a lo que pudiera pensar Garrett de ella aquella noche, aunque se había arreglado más de lo habitual.

Aquella noche sería difícil, con el recuerdo viviente de su madre en la memoria de Dermot.

Cuando Garrett fue a buscarla no le dijo nada. Sólo la miró.

Garrett estaba muy atractivo y ella tuvo que controlar su reacción al verlo tan atractivo.

Era increíble el efecto que tenía en ella.

—Tengo que parar un momento en el camino…

—No hay problema —sonrió ella.

—Prepárate para un interrogatorio —Garrett sonrió—. Terri sentirá mucha curiosidad por ti.

¿Y él no? Se preguntó ella.

Keelin se sintió intrigada por Terry.

—¿Él sale tan poco de la isla como tú? —preguntó ella.

—Es mujer. Y no, no lo hace, aunque insiste mucho sobre el tema todos los días.

Se trataba de Theresa, no de Terry, pensó ella.

Sintió más curiosidad aún. Debía de ser una hermosa muchacha acostumbrada a las botas de agua en los colores de siempre, y a quien le encantase estar al aire libre. Al menos, si estuviera interesada en la vida de la ciudad, tendría algo de qué hablar con ella, pensó Keelin.

—Deberías dar un paseo romántico con ella por la ciudad. Seguro que le gustaría —dijo Keelin.

Garrett se rió.

—No creo que le gustase ir con su padre…

Keelin abrió la boca, asombrada.

—¿Tienes una hija?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce años.

Keelin se sorprendió aun más. Garrett debía aparentar menos edad de la que tenía.

—¿Por qué te sorprendes tanto? —le preguntó él.

—Pareces joven para tener una hija de catorce años.

—Cuidado, eso es casi un piropo.

—¿Qué edad tienes?

—¿Cómo es que las mujeres son tan rápidas para hacer esa pregunta y sin embargo no dejan que se la hagan a ellas?

—Cumplo veintisiete dentro de dos meses —dijo Keelin—. ¿Ves como no tengo problema en decir mi edad?

—Eso es porque sólo tienes veintisiete años.

—Todavía tengo veintiséis, perdona.

Él se rió.

—No, ya veo que no tienes problema con la edad.

—Lo dice el hombre que todavía no ha sido capaz de confesar la suya. Tener una hija de catorce años te hace más viejo.

—Más de lo que te imaginas…

Garrett dobló a la derecha y pasó por delante de varios portones.

Keelin alguna vez había deseado tener un hijo, para hacerlo mejor que su madre. Pero siempre había querido que el padre estuviera allí, junto a ella, viendo crecer a la criatura.

Y Keelin nunca había amado a nadie como para desear tener hijos, como para comprometerse toda la vida. Tal vez fuera un poco anticuada por querer que fuera así, pero ella sabía muy bien lo que era crecer en un hogar sin padre, con el ocasional «tío» que lo reemplazaba.

Además, no pensaba que debía buscar un candidato hasta que no resolviera su vida. No habría sido justo para él. La vida era responsabilidad de cada uno y nadie tenía que apoyarse en nadie para resolver sus problemas. No, debía ser una persona completa para poder tener una relación de pareja.

Se necesitaban dos personas para que funcionase un matrimonio.

Llegaron a una casa de ladrillos rojos de dos plantas y Garrett tocó el claxon.

—Yo tenía veinte años cuando nació.

Keelin lo miró, sorprendida. Y se recordó con veinte años. A esa edad ya tenía bastantes problemas consigo misma como para agregar el de un hijo.

—Puedes calcular —dijo él.

Keelin vio a la hija de Garrett por la ventanilla. Era la versión femenina de su padre. No había duda de su parentesco. Era alta para su edad. No tan alta como su padre, pero más alta que Keelin. Lo que no era difícil. Al menos con tacones como los que tenía, le llegaba a Garrett a los hombros.

—Llegas tarde, papá.

—No. Sólo que he ido a buscar a Keelin primero para poder advertirle sobre ti.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó Terri, bajando la cabeza a la altura de la ventanilla. Miró a Keelin con una sonrisa—. ¡Guau! ¡Eres muy guapa! Me encanta tu pelo. Me gustaría teñirme de rubia.

—Ya piensas como una rubia —dijo su padre.

Keelin levantó una ceja y Garrett le aclaró:

—No he querido ofenderla.

—Bueno, yo me ofendería fácilmente con algo así —dijo Keelin, disimulando una sonrisa.

Garrett sonrió y ella agitó la cabeza burlonamente.

—Oh, no hagas caso a mi padre. Yo no lo escucho nunca.

Keelin se rió mientras Terri se sentaba y se abrochaba el cinturón de seguridad. Garrett miró a Keelin, asintiendo.

—He oído decir que mi abuelo conocía a tu madre. Se escribían cartas y esas cosas… Es tan romántico.

—¿Ves? A veces escucha. Sobre todo las cosas que no le incumben.

—No iba a perderme esto. Es lo más interesante que ha ocurrido desde que la vaca de Sean Leary se cayó de los acantilados el invierno pasado —dijo Terri.

—¡Bromeas! —Keelin se giró, sorprendida, mirando a Terri sin poder creerlo—. ¿Se cayó de verdad por el acantilado?

—Ya te he dicho que podías correr ese peligro esta mañana. Y yo me sentía responsable…

Ella miró a Garrett por el rabillo del ojo.

—Tuvimos una tormenta de nieve y la vaca tonta se olvidó de dónde estaba. Sean dijo que allí abajo la pobre parecía una mosca en la luna del coche —le explicó Terri.

Garrett suspiró.

—Sean ni la vio. La encontró su padre.

—Bueno, su padre dijo que estaba hecha polvo.

—Supongo —sonrió Keelin—. No sé nada sobre vacas, pero estoy segura de que no tienen alas.

Terri sonrió.

—Sería más fácil ordeñarlas si flotaran encima de tu cabeza —dijo.

Keelin se rió.

—¿De dónde eres? —preguntó Terri. Garrett se dirigió a Keelin y le dijo:

—Va a hacerte un cuestionario completo.

—Bueno, tú no nos has dado muchos detalles —dijo la niña a su

padre—. He preguntado cómo eras y no me ha dicho nada —Terri puso los ojos en blanco—. ¡Hombres!

—Bueno, ahora puedes verme tú misma.

—No me dijo que eras tan guapa. Mi padre no suele rondar a muchas mujeres guapas.

—Estupendo. Arruina mi reputación de donjuán, ¿por qué no?

—Creí que me habías dicho que eras un chico bueno.

—Oh… —paró al final de la calle y la miró a los ojos—. Soy bueno, sí —agregó con voz sensual.

¿No era un hombre casado? ¿Qué clase de hombre casado coqueteaba con otra mujer delante de su hija adolescente?

Keelin miró a Terri, pero ésta estaba mirando por la ventanilla.

Era una pena, después de la buena impresión que había tenido de él, aquello la decepcionaba.

Terri volvió a hablarle:

—Entonces, ¿de dónde eres?

—De Dublín, de momento.

—¡Qué *guay*! Voy a vivir en Dublín cuando termine el colegio.

—Es posible —dijo su padre.

Terri miró la parte de atrás de la cabeza de su padre.

—Sí, lo haré. Siempre he querido vivir en una ciudad —se inclinó hacia delante—. Este lugar es tan aburrido…

Keelin podía comprender que a una adolescente que siempre había vivido allí pudiera soñar con ir a la ciudad. Es posible incluso que ella hubiera sentido lo mismo de haber estado en el lugar de Terri. Pero ella, hubiera dado cualquier cosa por tener una familia, aunque fuese en Valentia.

—Pero será agradable que tengas un hogar al que regresar. Yo me pasé toda la infancia mudándome de un lugar a otro, y me hubiera encantado tener un sitio al que poder llamarle hogar.

Garrett se giró hacia ella, probablemente sorprendido por el tono amargo que no había podido reprimir.

—¿No tuviste un hogar? —preguntó Terri, que al parecer también había notado la emoción en su voz.

—Oh, tuve un hogar, muchos de ellos. Mi madre hacía un hogar de cada sitio en donde estábamos.

—¿Dónde estuvisteis?

—En Londres, Nueva York, París, Roma, todas las ciudades más importantes, en donde mi madre necesitase estar para promocionar sus obras de arte o encontrar su musa.

—Guau —dijo Terri, fascinada—. ¡Debe de haber sido increíble!

Para ella no lo había sido. Había sido otras cosas, sin embargo.

—Desde luego, aburrido no era.

—Me da tanta envidia… ¿Por qué no podemos ir a esos lugares, papá?

—Porque yo tengo trabajo, y tú, escuela. Y de todos modos, deja de quejarte… Has estado en Londres.

—No es lo mismo que vivir en él.

Keelin notó que él tensaba la mandíbula. Tal vez aquélla era una discusión recurrente con su hija. Y era mejor que ella no echase leña al fuego.

Intentó pensar en cambiar de tema, y de pronto se dio cuenta de que había una información que no tenía.

—¿Fuiste a Londres con el colegio o con tus padres? ¿Va a estar tu madre en casa cuando lleguemos? Tengo muchas ganas de conocerla…

La atmósfera del coche cambió repentinamente.

Pero antes de que Keelin pudiera descubrir qué había hecho mal, llegaron a la casa y Garrett apagó el motor.

Keelin frunció el ceño, confusa. Y cuando miró a Terri, lo único que vio fue lo que le quedaba de una mirada de tristeza.

Sin mirarla, la niña le dijo:

—Mi madre está muerta. Murió cuando yo era pequeña.

Keelin se quedó petrificada.

Pero antes de que pudiera decir algo, Terri se encogió de hombros, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del coche.

—Y a papá no le gusta hablar de ello —agregó.

—Terri… —le advirtió su padre.

—Inténtalo, si quieres, Keelin. Pero apuesto a que no te dirá mucho sobre ella. No lo hace nunca.

Cuando Terri cerró la puerta, Keelin miró el perfil de Garrett, y le dijo en voz baja:

—Lo siento mucho… No tenía ni idea…

—¿Y cómo ibas a saberlo? No llevamos letreros en las camisetas advirtiéndolo…—Garrett se encogió de hombros como su hija—. Fue hace mucho tiempo.

Cuando Garrett se dignó a girar la cara y mirarla, Keelin le preguntó:

—¿La criaste tú solo?

—No, la crié con la ayuda de Dermot.

—Eso no debe de haber sido fácil.

—No peor de lo que podría haber sido.

—Todos tenemos alguna dificultad en la vida.

—Sí —dijo él.

Keelin miró a Garrett. Vio que asomaba su vello por la abertura de la camisa. Luego su mirada se detuvo en su boca sensual. Después lo miró a los ojos, esos ojos marrones como chocolate. Y se quedó sin aliento.

No podía ser. No era posible que estuviera sintiendo todo aquello.

Keelin se irguió y Garrett le dijo:

—Vamos. Dermot se estará preguntando por qué estamos tardando tanto.

Capítulo 4

—¿Por qué llamas a tu padre por su nombre? ¿Es una costumbre de la isla?

Garrett intentó concentrarse en la carretera cubierta de niebla mientras se marchaban de la casa. Tenía la mano aferrada al volante más de lo necesario. La tensión que sentía no estaba relacionada con la conducción en unas condiciones de visibilidad tan malas. No. Tenía que ver con estar solo en compañía de Keelin.

Aunque tratase de no estar pendiente de ella, no lo lograba. No podía dejar de mirarla todo el tiempo, como si ella lo hubiera hipnotizado con su sonrisa o con el dorado sonido de su sonrisa o su dulce fragancia cuando pasaba por su lado. Una fragancia que ahora lo rodeaba en el interior de su coche.

Y la maldecía por hacer que sintiera todo aquello.

—¿Hago eso? —contestó Garrett a la pregunta de Keelin.

—Sí. Lo he notado varias veces antes, pero no ha sido hasta esta noche que me he detenido a reflexionarlo.

—Bueno, es su nombre.

—¿Te gustaría que Terri te llamase Garrett?

—No. Soy su padre, y me esfuerzo mucho para ganarme ese título. Sobre todo desde que entró en la adolescencia.

—Te lo has ganado —dijo ella suavemente.

Él se sintió acariciado por su voz.

Keelin tenía una voz muy sensual. Una voz para oír en un dormitorio. Una voz que podría seducir sola, sin necesidad de agregar su aspecto. Tenía una belleza casi etérea y una inocencia que contradecía la educación mundana que ella le había contado que había tenido.

—¿Y no sientes que Dermot también lo ha hecho?

Garrett podría haberla corregido de una forma muy sencilla. Dermot se había ganado el título con creces, motivo por el cual Garrett había tomado su apellido por empezar. Pero se había sentido tan incómodo en compañía de Keelin por las reacciones que le causaba, que no le apetecía compartir con ella ninguna información.

—Él nunca se ha quejado, así que es posible que no le importe.

Garrett no podía mirarla de lado. Tenía que concentrarse en la

carretera. Pero notó el cambio en Keelin, el suave movimiento en el asiento del coche, y finalmente la oyó decir: —¿Quieres decirme qué te he hecho? ¿O tengo que hacerte veinte preguntas hasta que lo adivine? —usó un tono frío, pero en el fondo se notaba que se sentía herida.

Garrett sintió culpa.

—¿Es porque antes mencioné a la madre de Terri?

—No, no es por eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Garrett apretó el volante y preguntó:

—¿Y qué te hace pensar que me has hecho algo?

—Tal vez el hecho de que me estés mirando con cara de enfado desde hace un rato. Tienes que aprender a disimular un poco en el futuro…

—A todos no nos es tan fácil esconder nuestros sentimientos tan profundamente que no se nos vea. Ni necesitemos intentar ocultarlos —dijo él.

Garrett oyó a Keelin tomar aire profundamente. Evidentemente había dado en el blanco.

Se arriesgó a mirarla de lado y vio que ella se erguía en el asiento y miraba de frente, apretando la boca.

—¿Que es lo que tú intentas hacer desde que te he visto esta mañana, no?

Keelin no le contestó.

—Yo no soy el único que tiene que aprender a disimular en el futuro…

Keelin no dijo nada durante un rato. Luego habló:

—¿Estás seguro de que no es porque cometí el error de hablar de tu esposa? Porque si lo es, te pido disculpas. No sabía que…

—No se trata de eso. Y ella no era mi esposa.

—¿No te casaste?

—Ella no quiso casarse conmigo. Si se hubiera casado conmigo, habría tenido que sentar cabeza, y ella no estaba preparada para hacerlo.

¿Por qué se lo había contado? No hacía falta que Keelin lo supiera. Al parecer, no podía callarse estando con aquella mujer, ni dejar de decir o hacer cosas inoportunas.

Y contándole aquella información había abierto una puerta para más preguntas sobre el tema. Y eso era lo último que quería.

—Es por Terri, si quieres saberlo. Me he pasado toda la vida tratando de que tenga un hogar seguro y una base firme sobre la que construir su vida. Lo que menos quiero es que venga un extraño

y alimente su obsesión de huir a una ciudad grande en busca de aventura.

Hubo una larga pausa. Luego Keelin dijo:

—¿Y tú crees que una noche conmigo va a hacerla huir?

—Bueno, lo que es evidente es que no has ayudado mucho. ¡Tiene catorce años! No le hace falta un extraño que le diga que las grandes ciudades son todo brillo y esplendor. Y eso es precisamente lo que has hecho tú. Ya es bastante difícil que se quede la gente joven en la isla sin que…

—Yo no he tenido ninguna intención de…

—Es posible que no, pero lo has hecho.

—Comprendo —respondió ella fríamente después de una pausa.

El resentimiento de Garrett aumentó. Aquella vez porque ella estaba intentando ocultar que él la había herido.

—No espero que comprendas mi razonamiento. Sólo te pido que mientras estés aquí intentes evitar el tema de lo fantástico que es vivir en una ciudad…

—De acuerdo.

Cuando él se arriesgó nuevamente a mirar de lado, la vio mirando por la ventanilla.

La niebla era más espesa, y Garrett la maldijo porque lo hacía conducir a paso de tortuga y prolongar el tiempo de viaje con Keelin.

Pero una parte de él sintió la necesidad de continuar justificándose.

—Vivir en una isla como Valentia puede ser muy duro para una adolescente que busca diversión y fiestas.

—Lo comprendo.

—Y llevamos meses discutiendo sobre el tiempo que puede pasar con sus amigas fuera de la isla.

—Ya me lo has explicado, Garrett. Puedes dejar el tema ya.

Garrett se dio cuenta de que sentía la necesidad de suavizar las cosas entre ellos. ¿Por qué?

El modo en que él eligiera criar a su hija no era asunto de ella. Él no necesitaba su comprensión, si bien sabía que el hecho de que Terri hubiera perdido a su madre creaba una comprensión instantánea entre ellas.

Lo había notado en el mismo momento en que las dos habían entrado en la casa. Había observado cómo Keelin parecía estar en la misma longitud de onda de Terri sin proponérselo. Y en cambio él se había pasado todo el último año tratando de aceptar que su pequeña había crecido y que estaba dando los primeros pasos que

inevitablemente la alejarían de él. Lo que lo había llevado a una tensión entre ellos que jamás había habido antes.

Tal vez el ver la facilidad con la que había nacido la amistad entre Keelin y Terri le había recordado lo que él había ido perdiendo gradualmente. ¡Para Keelin era tan fácil ver en Terri a una adulta joven! Mientras que Garrett todavía veía a su pequeña.

Y encima Keelin le recordaba a la joven que los había dejado, lo que le producía un resentimiento ilógico.

Keelin se quedó callada. Y Garrett se alegró de ello.

Pero no duró el silencio.

—¿Has intentado verlo desde su punto de vista? ¿Has tratado de llegar a alguna negociación para que no termine odiándote por alejarla de lo que ella cree que quiere?

Garrett apretó la mandíbula.

—¿De quién estamos hablando ahora?

—Para el coche.

—¿Qué? —Garrett la miró y tuvo que girar el volante violentamente al volver a mirar hacia delante. Juró en voz alta.

—¡Para el coche!

—¿Y para qué diablos quieres que lo haga? Falta más de un kilómetro y medio para llegar al pueblo, ¡aunque apenas puedo ver lo que tengo delante!

—¡Si no paras el coche en este mismo momento me voy a tirar en movimiento!

—¿Y dónde vas a ir? ¡No podrás caminar ni dos pasos con esta niebla!

La luz del coche se encendió cuando ella abrió la puerta, y Garrett paró el coche bruscamente clavando los frenos.

—No te atrevas…

Pero Keelin ya estaba fuera antes de que hubiera puesto el freno de mano.

—¡Keelin!

La vio entre la niebla delante del coche.

Garrett se desabrochó el cinturón y salió tras ella.

—No seas ridícula. Vuelve al coche.

—Sinceramente, antes prefiero convertirme en una vaca voladora.

Garrett apuró el paso.

—¡Si no vuelves al coche dentro de dos segundos, te meteré yo mismo!

Keelin se detuvo y se dio la vuelta hacia él.

—¡Oh, inténtalo, machote!

Era el más ridículo desafío que le habían planteado.

—Ven, grandullón —Keelin levantó los brazos. Su figura no se veía bien en la niebla.

Garrett sonrió. Levantarla y cargarla encima de su hombro no le llevaría demasiado esfuerzo. Ella era bastante pequeña. Pero lo que le faltaba en estatura lo compensaba con agallas.

Estaba seguro de que pelearía como un gato feroz antes de dejar que la metiera en el coche. Así que tendría que intentar otra cosa.

Garrett se cruzó de brazos, respiró hondo y dijo:

—Por favor, vuelve al coche.

—No.

—Lo único que vas a conseguir es deambular por una isla que apenas conoces en medio de la noche.

—Esta mañana he hecho una buena caminata para saber que esta carretera sólo conduce a un sitio.

—Y al puerto.

—Bueno, cuando sienta húmedos los pies sabré que tengo que parar, ¿no?

—Apuesto a que desearías llevar esas botas de goma ridículas entonces.

Garrett oyó un sonido que era claramente un gruñido.

Luego el silencio.

Éste continuó un momento. Luego Garrett no pudo evitar reírse. Era la situación más ridícula en la que se había encontrado en su vida.

Su reacción hizo que la figura borrosa de Keelin se acercase.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó ella. Garrett vio su rostro contrariado en la luz gris.

—Noooo… —Garrett agitó la cabeza.

—¡Mentiroso!

—Me río de la situación. Eso es todo.

—¡Una situación que has creado tú!

—Yo no te he pedido que te bajaras del coche. Lo único que he hecho ha sido decirte por qué estaba enfadado contigo. Tú me lo has preguntado. Y yo te he respondido.

Lo que no era totalmente cierto. Bueno, el motivo de su enfado era más complicado. Esa sinceridad sólo los llevaría a un debate mayor, uno que no estaba dispuesto a afrontar.

Keelin lo miró.

—¡Lo que estabas haciendo era actuar como un desconsiderado hijo de…!

—Para ahí antes de que esto tome un color desagradable.

—Oh… Porque hasta ahora estábamos en una reunión de domingo del colegio, ¿no?

—Keelin…

Ignorando su advertencia, Keelin extendió su brazo para señalar:

—Los acantilados están allí, creo. ¿Por qué no te tiras de uno de ellos?

Keelin se apartó para esquivar su mano, que había querido agarrar su brazo. Pero la segunda vez no lo logró, y él tiró de ella. Su cabello largo voló con el movimiento cuando él la atrajo hacia su cuerpo masculino. Entonces la envolvió con sus brazos y la sujetó fuertemente.

Keelin luchó como un gato salvaje.

Al ver que no conseguía nada, lo miró. Tenía los labios entreabiertos para tomar aire. Y sus pechos pequeños subían y bajaban contra el muro de su pecho viril.

Jamás una mujer había tenido un efecto semejante en su libido.

Ella lo miró y luego sonrió brevemente.

En la tenue luz de los faros, Garrett interpretó aquel gesto como una rendición. Entonces relajó sus brazos alrededor de ella como respuesta.

Se preguntó qué haría ella si la besaba. Porque por un momento no pudo pensar en nada más.

Pero no tuvo oportunidad de averiguarlo.

Porque fue entonces cuando Keelin lo pisó fuertemente.

Garrett la soltó, y dio un paso hacia atrás, jurando.

—¡Maldita sea, mujer!

—Si todo lo resuelves con este autoritarismo, no me extraña que tu hija tenga tantas ganas de marcharse en cuanto tenga la oportunidad de hacerlo.

Garrett se acercó a ella. La miró con ojos asesinos y le dijo con determinación:

—Métete en el coche.

Keelin se cruzó de brazos.

—Primero, discúlpate.

—¿Por ser sincero contigo?

—Oh, no has sido sincero conmigo, Garrett. Los dos lo sabemos —Keelin se rió en su cara.

Garrett se sorprendió de su afirmación. ¿Tanto se le notaba?

—La verdad es que no te gusto mucho. Lo sé. Lo que no entiendo es por qué —Keelin tomó aliento—. Pero para ser totalmente sincera, no me importa. No he venido aquí para intentar gustarte. Ni siquiera sabía que existías.

—Entonces, ¿por qué has venido? Porque ése es el mayor misterio, ¿no?

Garrett notó que ella se encogía.

—Venga, Keelin. No has venido aquí solo para devolver unas cartas. Podrías haberlas enviado por correo desde Dublín. Así que, ¿por qué estás aquí, de verdad?

No podía ser sólo para volverlo loco en un solo día.

—¡He venido aquí para conocer al hombre que escribió esas cartas! ¡He venido para intentar comprender qué sucedió para que mi madre dejara a un hombre que la quería más que ningún otro! Y, si de verdad quieres saberlo, ¡he venido a averiguar si él es mi padre!

Garrett se quedó helado. Poco a poco fue calando lo que implicaban sus palabras. Keelin se apartó de él, agitando la cabeza como si lamentase su estallido de rabia.

Garrett la miró y dijo con tono suave:

—Dermot no es tu padre, Keelin. Eso sí puedo decírtelo seguro.

—¡Tú no lo sabes! —exclamó ella—. No puedes saberlo.

—Sí, puedo. Lo sé porque conozco a Dermot, y él no es el tipo de hombre que dejaría una criatura suya sin conocer a su padre. Él no es así. Y lo sé porque Dermot no puede tener hijos.

Keelin se sorprendió.

—¡Pero te ha tenido a ti!

—No. Tomé su apellido por respeto a él cuando cumplí dieciocho años. Porque fue un buen padre para mí. Pero él no es mi padre biológico, del mismo modo que no puede ser el tuyo.

Ella se quedó callada un momento. Luego habló:

—Es por eso que lo llamas siempre Dermot…

—Sí.

Garrett la oyó suspirar. E instintivamente dio un paso hacia delante para agarrarla, como había hecho frente a la puerta de la cerca.

—Keelin…

Ella lo evitó.

—Me gustaría que me llevases al hotel. Esta isla se ha terminado para mí. No hay motivo para que siga aquí. He hecho el ridículo viniendo hasta aquí.

Capítulo 5

—¿No quieres la habitación, entonces?

—No, quiero cancelar la reserva.

—¿Y no volverás?

—No. No volveré —respondió Keelin.

Pero la anciana madre de Patrick era insistente.

—Podemos darte una habitación más grande, si quieres. Se marchan huéspedes esta mañana.

Keelin quería chillar. Lo único que quería era marcharse de allí, alejarse lo más rápido posible de aquel lugar. ¿Era tanto pedir?

—No quiero una habitación más grande —respondió, armándose de paciencia—. Quiero pagar la factura y marcharme.

—Ah —dijo la mujer, mirando la tarjeta de crédito de Keelin por detrás de sus gafas—. Ah, quieres pagar con tarjeta… Tengo que llamar a Patrick para eso. No sé usar esa máquina nueva que ha comprado. Vuelvo enseguida…

Keelin la miró con resignación. La mujer caminaba increíblemente despacio.

Y aunque una parte de ella tenía ganas de desquitarse con alguien, no podía tomarla con la mujer. El desastre no había sido culpa suya.

Había sido un error poner tantas expectativas en su visita.

Le había parecido cosa del destino aquel hallazgo un día en el desván de la casa de su madre de Dublín. Cuando había encontrado las cartas había visto en ellas una vía para llegar a su objetivo. Se había pasado un día entero acurrucada en el sofá, leyéndolas y llorando por lo que su madre había dejado. Por lo que podría haber sido.

Ir allí le había parecido lo lógico después de leer las cartas.

Suspiró y se dio la vuelta. Se apoyó en el mostrador de madera de la recepción, y cerró los ojos momentáneamente, presionando sus dolorosas sienes.

—¿Keelin?

Abrió los ojos y vio a Dermot frente a ella. Al hombre a quien su madre había amado.

Dermot le sonrió tímidamente.

—Te marchas, entonces —no lo preguntó. Lo afirmó.

Seguramente se lo había dicho Garrett.

—Ha hablado con Garrett. ¿Le ha contado todo?

—Sí, me lo ha contado todo. Pensó que yo debía saberlo.

Ella había querido evitar aquel momento.

Y hubiera querido que se la tragara la tierra.

—No es culpa suya, Dermot. Debería haberle escrito o algo así, simplemente. Fue una tontería de mi parte.

Dermot miró alrededor y dijo:

—¿Puedo hablar contigo antes de que te marches? Pienso que tal vez tengas interrogantes todavía.

—No hace falta que…

—Lo sé. Pero me gustaría hacerlo.

Keelin aceptó. Después de todo, Dermot también tenía derecho a algunas respuestas.

—De acuerdo —dijo.

Dermot le puso la mano en la espalda y la condujo al fondo del vestíbulo del hotel, junto a un ventanal que daba a un jardín. Luego se dirigió a un banco de madera y la hizo sentar. Él se sentó luego.

Keelin lo miró por el rabillo del ojo, más incómoda que nunca.

Cuando él abrió la boca para hablar, ella habló primero. Era importante que Dermot supiera que no tenía que sentirse responsable por lo que ella había estado buscando.

—No es culpa suya, Dermot, de verdad. Yo vine buscando algo que no está aquí. Eso es todo.

—Era importante para ti.

—Sí —miró sus manos, entrelazadas encima de su regazo—. Sí, supongo que sí. Necesitaba saberlo y ahora lo sé.

—¿Ella no te habló nunca de él… de tu padre?

—Sólo para decirme que yo me parecía más a él que a ella.

—No creo que eso sea totalmente cierto.

Keelin sonrió.

—De pequeña no habría sabido si tomarme eso como un piropo o no.

—No deberías dudar de que es un piropo. Ella era una mujer increíble. Todo el mundo lo decía. Y creo que la echas mucho de menos, ¿no?

Ella no podía permitirse llorar otra vez. Ya había llorado demasiado el día anterior. Lágrimas abundantes y calientes que no había derramado desde el día que su madre le había dicho que se estaba muriendo. Lágrimas que se había reprimido con la valentía que su madre le había pedido. Lágrimas que no había derramado cuando su madre había muerto. Excepto el día de las cartas.

Pero había llorado toda la noche anterior y se había quedado agotada emocionalmente después. Así que pestañeó fuertemente para refrenarse otra vez. Sobre todo delante de Dermot.

—¿Teníais una relación estrecha?

—No lo que se considera como tal tradicionalmente. Un poco más estrecha cuando cayó enferma. Me quedé con ella los últimos meses.

—Y estás un poco perdida sin ella, ¿verdad?

Una respuesta afirmativa sólo habría sido la mitad de la historia.

—Supongo que cuando pasas la vida junto a una personalidad tan fuerte, te quedas sin saber qué hacer cuando ya no está. Aun cuando no hayas estado de acuerdo siempre con ella.

Dermot asintió como comprendiendo. Luego le agarró las manos.

—¿Has leído sus cartas ya?

—He empezado a hacerlo…

—Pero te sentiste como si te estuvieras metiendo en algo ajeno, ¿verdad?

Ella pensó que aquella pregunta también se refería a las cartas suyas, a las que ella sí había leído.

—Realmente no la conocía muy bien, supongo. Ella vivió toda una vida antes de tenerme.

—¿Qué gente conoce a sus padres como gente independiente de ellos? Los hijos sólo vemos a los padres como padres.

Tenía razón, pensó Keelin. Y de repente pensó en Garrett y en su relación con Terri. ¿Era eso parte de su problema también?

Claro que no era asunto suyo. Él le había dejado muy claro que debía apartarse de la vida de su hija. Dermot le apretó suavemente la mano.

—Has venido aquí a averiguar cosas sobre tus padres…

—Bueno, al menos de uno de ellos. Pero él no está aquí… —Keelin sonrió—. Aunque me hubiera gustado que estuviera.

—Me habría gustado decirte que soy yo, Keelin. ¡No sabes cuánto! Pero no es así. Tu madre estaba embarazada de ti cuando llegó aquí. Lo que pasa es que no lo supo hasta después de marcharse. Y ella nunca quiso hablarme de él. Un amor antiguo y uno nuevo no se llevan bien —Dermot se inclinó hacia ella un momento.

Y Keelin pudo entrever al hombre que se ocultaba detrás de aquella superficie. El hombre que su madre había amado tanto tiempo. Había una calidez, una intensidad que le recordaba a Garrett. No serían padre e hijo biológicos, pero se parecían

igualmente.

—Es posible que no hayas encontrado a tu padre aquí. Pero tal vez puedas encontrar algo de tu madre. Quédate un tiempo, criatura. Intenta conocer lo que la rodeó. Esta isla es un lugar estupendo para aclarar la mente, y pienso que tal vez eso sea lo que te hace falta: la oportunidad de aclarar tu mente, de reflexionar. Quédate. Puedes quedarte en mi casa, si quieres.

Keelin se rió al pensarlo, y dijo:

—No creo que a Garrett le guste mucho.

—Ah, no te preocupes por Garrett. Ladra pero no muerde. Ha pasado malos momentos también él. Comprenderá tu situación. Él también ha necesitado tiempo. Y la isla lo ayudó a encontrar su sitio.

Keelin recordó las palabras de Garrett cuando ella había llegado a la isla, en relación a que Dermot la escucharía y la ayudaría.

Pero no podía quedarse en la casa. Eso estaba claro. Sería muy incómodo. Hasta la idea de volver a encontrar a Garrett le resultaba embarazoso.

Pero la sugerencia de Dermot de quedarse y tomarse un tiempo era muy tentadora. ¡Hacía tanto que no se tomaba tiempo para ella!

Tal vez eso fuera lo que necesitaba más que ninguna otra cosa, al margen del lugar donde lo hiciera.

Tiempo. Tiempo para desenredar sus pensamientos y planear su futuro.

Sólo tenía que encontrar el modo de evitar ver a Garrett. Puesto que él había dejado muy claro que no la estimaba en absoluto.

Cuando Dermot se marchó, ella se quedó al lado de la recepción pensando en la discusión del día anterior. ¿Habría alguna relación perfecta entre padres e hijos? Le hizo preguntarse si sus peleas con su madre en su adolescencia no habrían sido lo mismo en una versión diferente.

Y suspiró.

El asunto era que durante unas breves horas ella se había sentido como parte de una verdadera familia. Se había sentado frente a la mesa para cenar y se había unido a las bromas y la conversación en grata compañía. Y se había sentido bien. Más que bien. Todos la habían hecho sentir cómoda, bienvenida. Excepto Garrett, que había cambiado su estado de ánimo a medida que había ido pasando la noche. Y luego le había robado aquella sensación de pertenencia y calidez diciéndole que se mantuviera a distancia.

Le había dolido.

Patrick salió de una habitación y fue al mostrador.

—¿Querías cancelar tu estadía?

—No, en realidad, quiero la habitación más grande —sonrió Keelin.

Garrett bajó la cabeza en el arco de entrada a la tienda y subió las escaleras. Era la única que vendía cosas como periódicos, sopa en lata en Kinghtstown. Él estaba buscando sopa en lata.

Pero no la encontró. En cambio encontró a Keelin.

Y cuando la miró supo que ella no se alegraba de verlo.

—Creí que te ibas a marchar —dijo Garrett, frunciendo el ceño —. Al parecer, te has precipitado a hablar.

Ella achicó los ojos y respondió:

—¿Eso crees?

¿Cómo lo hacía para hacerlo sentir un idiota con sólo dos palabras? Pensó Garrett.

La noche anterior, cuando iban hacia el hotel, había pensado en decirle algo. Pero ¿qué habría podido decirle? «La última vez que te vi, estabas segura de que no había razón para quedarte. Si hubiera habido un *ferry*, te habrías marchado».

—He cambiado de idea —sonrió ella al joven que había detrás del mostrador mientras pagaba algo que parecía un mapa turístico.

Garrett notó que el chico se ponía colorado en respuesta antes de que Keelin volviese a mirar a Garrett y le dijera:

—Las mujeres hacemos eso.

—Oh, lo sé.

Keelin levantó la barbilla y caminó hacia él. Pero en el pasillo estrecho Garrett tenía ventaja. Ella no podría pasar si él no la dejaba.

Ella se puso delante de él. Luego lo miró.

Y Garrett perdió el habla momentáneamente.

¿Cómo lo conseguía?, se preguntó Garrett.

Keelin achicó los ojos a modo de advertencia.

Y aunque él estaba seguro de que ella debía de tener zapatos planos, porque la cabeza le llegaba a su mentón, tuvo la prevención de dar un paso atrás para que ella no lo pisara.

Keelin tragó saliva. Luego arqueó las cejas. Entonces, después de dudarlo, Garrett se hizo a un lado. Era evidente que ella no quería charlar. Y no la culpaba por ello, después de su comportamiento la noche anterior.

En el estrecho pasillo ella no pudo pasar sin rozarlo. Garrett se sintió afectado por su contacto y su perfume a vainilla, no pudo evitarlo. Su cuerpo se echó hacia atrás.

Keelin dudó. Lo miró con cara de odio, lo que contradecía el breve brillo de pena que él había visto en sus ojos, y luego le dio un codazo a propósito en el hombro cuando pasó por su lado. Entonces el timbre de la puerta de la tienda anunció su salida.

Garrett se quedó mirándola.

Keelin debía pensar que él le debía una disculpa. Probablemente pensara que él había reaccionado desproporcionadamente y estuviera disgustada por que él había proyectado sobre ella su enfado con la mujer que lo había dejado para irse a la ciudad. Lo que era realmente estúpido, después de todo…

Pero ella no podía saber esto último. Lo que quería decir que, muy dentro de él, sabía que le debía una disculpa. Sabía que había reaccionado desproporcionadamente, y sabía que había proyectado el daño de otra mujer en ella.

¡Maldita sea!

Keelin estaba de pie en la esquina cuando él salió. Estaba tratando de sujetar el mapa abierto contra el viento que se lo volaba.

—Tal vez te deba una disculpa por lo de anoche —dijo él.

Keelin ni se molestó en mirarlo.

—Sí, me la debes.

Garrett apretó los dientes. Ella no se lo iba a poner fácil, ¿no?

Hubo un golpe de viento, y ella tuvo que sujetar el mapa contra su pecho para que no se le escapase. Keelin frunció el ceño e intentó enderezar el mapa otra vez.

Garrett suspiró.

—¿Adónde quieres ir esta vez?

Ella lo miró como respuesta.

—A la casa del tipo que diseñó este mapa, si no puedo doblarlo.

Él sonrió. Luego carraspeó y dijo:

—Si vas a estar aquí un tiempo, vamos a encontrarnos más de una vez.

—Oh, Dios —dijo ella, luchando con el mapa.

—En ese caso sería bueno poder actuar civilizadamente, ¿no crees?

—¿Antes de arruinar esa fama que tienes de buen chico?

—Estoy intentando suavizar esto… —dijo él—. Por si no te has dado cuenta…

Ella levantó la barbilla y lo miró, un gesto que habría echado

atrás a cualquiera. Pero en él tuvo un efecto totalmente diferente.

Sintió ganas de besarla, una vez más. En medio de la calle principal, donde los cotilleos empezarían rápidamente y la gente diría enseguida que se iban a casar aun antes de que él volviera a su casa.

Y él no podía dejar que eso sucediera. No quería ser la comidilla del pueblo otra vez.

Así que desear besarla era inútil. Pero deseaba tanto hacerlo… Se sentía un ingenuo chico de diecisiete años ante su primera atracción.

—Es posible que haya reaccionado desproporcionadamente ayer.

Una parte de él, la más sensata, no quería arreglar las cosas con ella. Porque sería más fácil escapar.

Keelin lo miró un momento. Luego el brillo de sus ojos pareció cambiar, suavizarse.

—No puedes protegerla del resto del mundo toda la vida. Yo no seré la única persona de la ciudad que conozca.

Garrett apretó la mandíbula.

—Lo sé. Gracias.

Los expresivos ojos de Keelin parecieron poner en evidencia que a ella se le habían cruzado varios pensamientos por la mente. Era fácil darse cuenta cuando estaba pensando. Sus ojos eran lo que la gente llamaba «ventanas de su alma».

Garrett se metió las manos en los bolsillos. Ella suspiró.

—Supongo que si yo tuviera un hijo, también querría resguardarlo del mundo el mayor tiempo posible. Son pocos los años que uno puede sentirse segura… —Keelin pestañeó—. Así que, aunque no te hayas disculpado realmente, esta vez lo dejaré pasar. No voy a estar aquí mucho tiempo de todos modos.

Garrett exhaló, sintió evaporarse la tensión que había estado conteniendo al ver aquella sonrisa y oír el suave tono de su voz. Demostraba una comprensión más profunda que cualquier palabra.

Y Garrett sonrió en respuesta.

Después de un momento, ella volvió a mirar el mapa.

—Entonces, si quieres enmendar la relación conmigo, ¿por qué no me dices dónde está el faro?

—Oh, puedo hacer algo mejor que eso. Digamos que es mi modo de enmendar el haber sido irracional.

Capítulo 6

—¿En esa cosa? —preguntó Keelin, mirando a Garrett, sorprendida—. ¿Estás loco?

La profunda risa de Garrett le provocó un cosquilleo en el estómago.

¿Cómo lograba él eso?

Le costaba tanto no encontrar fascinante todo lo que decía o hacía Garrett.

Pero lo que más quería era no estar pendiente de cada movimiento físico, ni del perfume de su loción para después de afeitarse.

Era tan masculino…

¡Dios! ¿Cómo era posible que un solo hombre tuviera tanto efecto sobre ella, cuando era evidente que él no sentía ni siquiera simpatía por ella?

Y si la atracción hubiera sido mutua, él apenas la consideraría material para un romance de verano. Y ella, en cambio, querría aferrarse a él…

Y además, ella no estaba para una relación en la que hubiera ningún compromiso.

A lo mejor habría sido mejor que ella no lo hubiera perdonado tan fácilmente, pensó.

—Es fácil. Si sabes conducir un coche, sabrás conducir un *quad*.

Cuando ella se apartó para dejarle paso hacia el manillar del vehículo que él quería que condujera ella, sus ojos se dirigieron a la parte de atrás de sus vaqueros. Ella puso los ojos en blanco cuando él se agachó, y se dijo: «¡Venga, Keelin!».

Cuando él se dio la vuelta, la miró, y ella sonrió.

—¿Quieres subirte, así puedo enseñarte cómo funciona?

—¿Y no crees que sería más sencillo conducir hasta allí en lugar de ir en eso? Podría seguirte…

—Más sencillo, tal vez, pero menos divertido. ¿Dónde está tu sentido de aventura?

Keelin lo miró.

—Es verdad, ¿no?

—¿El qué?

—Que los hombres no crecen nunca.

—No. No estoy de acuerdo con eso —Garrett agarró su mano y la llevó a la moto de cuatro ruedas y la ayudó a montarla—. Sólo necesitamos evadirnos de vez en cuando para no sentirnos viejos y grises. Sobre todo cuando tenemos hijas adolescentes, que nos hacen sentir viejos y grises.

Keelin estuvo a punto de hacer algún comentario acerca de que él no era ni viejo ni gris, pero se había distraído mirando la mano de Garrett encima de la de ella. Ella había hecho manitas con otros hombres, incluso había llegado a más, pero aquellas experiencias no podían compararse con la sensación de la mano de Garrett encima de la suya.

Era una mano grande, tibia y fuerte, con algunas durezas que demostraban que no le temía al trabajo manual, y sin embargo la tocaba con suavidad, algo que demostraba tanto su control como su consideración. Cuánta información podía darle una mano.

¿Sería tan controlado y considerado como amante?

Ella estaba segura que lo sería.

Y dejó su mano entrelazada a la de él como si fuera lo más natural del mundo.

«¡Oh, basta!», se dijo.

Se soltó y agarró el manillar.

—Bien. ¿Cómo funciona esta maldita cosa? Y por si acaso, si me muero cayéndome de ella, tú serás el culpable.

Le llevó diez minutos cambiar de marcha suavemente, lo que le pareció muy divertido a Garrett, por supuesto. Pero era culpa de él que ella estuviera tan ridícula, y su culpa que su pulso fuera tan acelerado. Culpa suya que se hubiera apretado contra su espalda y que le respirase cerca de su oreja mientras le explicaba con voz sensual cómo se conducía un *quad*. Lo que hacía acelerar su pulso, para empezar.

Así que hasta que no estuvieron en el campo y Keelin finalmente pudo soltarse y coordinar sus pies y sus manos para cambiar de marchas, no empezó la diversión.

Entonces disfrutó del viento en su cara y del ronroneo del *quad* debajo de ella. Agitó la cabeza y rió al verte.

—¡Así! ¡Así! ¡Lo has conseguido! —gritó él, orgulloso y divertido.

Keelin lo observó acelerar y salir velozmente delante de ella, mirando brevemente por encima de su sombro, para asegurarse de que ella lo podía alcanzar.

Ella se volvió a reír. Aquello era realmente una locura.

Sería mejor que Garrett frenase antes de llegar al borde del

acantilado, porque Keelin se lo estaba pasando tan bien subiendo colinas y tratando de alcanzarlo, que no se daría cuenta de cuándo tenía que parar.

Cuando ella aparcó, él ya se había bajado de su vehículo y estaba mirando el océano. Al fondo se veía el faro.

Ella apagó el motor y miró en la misma dirección, con la boca abierta ante lo que veía.

—No está mal, ¿no?

—Es sensacional —sonrió Keelin.

—Es posible que no tengamos muchas de las diversiones que tiene la gran ciudad, pero las compensamos con las vistas.

Keelin dejó de mirar el esplendor del océano y el cielo y miró el perfil de Garrett.

—Realmente le tienes manía a la ciudad, ¿no? —le preguntó.

—No soy un fan de ella, no.

—¿Por alguna razón en particular? ¿O sólo es que amas el campo?

Garrett la miró por el rabillo del ojo.

—Decididamente amo el campo. Pero intenté vivir en una ciudad, y no nos llevamos bien. Demasiada gente y, sin embargo, la gente está sola. Tenía razón en cierto modo.

Pero la ciudad también podía ser vibrante, excitante, vital, con gran diversidad de gente.

Mientras que un lugar hermoso como aquél, seguramente también podía ser tan solitario como una ciudad, sobre todo en invierno, pensó ella.

—Todos los lugares tienen su parte buena y su parte mala. Lo importante es lo que hace cada uno para sentirse en casa.

Él la miró y, con una semisonrisa, le dijo:

—Es muy filosófico eso…

Keelin se echó un poco hacia atrás para estar frente a él, antes de cruzarse de brazos.

—Eres muy paternalista a veces cuando quieres, ¿no?

—Y tú no tienes pelos en la lengua, ¿no?

—No, ya no. Solía tener que ser recatada y sonreír todo el tiempo a la gente. Ahora supongo que no tengo que hacer nada si no quiero.

—¿Quién te hacía hacerlo?

—Todos —sonrió ella, mirando el mar durante un segundo—. Vale, quizás no todo el mundo. Pero había veces que parecía que era así.

—¿Y por qué querían que lo hicieras?

—Oh, es lo que tienen que hacer los niños de los ricos y famosos, ¿no lo sabías? Nacemos para eso. Y, o nos rebelamos o hacemos lo que nos dicen. Yo elegí esto último.

—¿Era famosa tu madre?

Eso le provocó a ella una risa instantánea.

—Oh, sí, ¿no te ha contado Dermot esa parte?

Garrett agitó la cabeza y la miró.

Y Keelin sintió que no podía seguir mirando aquella intensa luz de sus ojos. Era como si él pudiera ver sus pensamientos y sus sentimientos, hasta aquéllos que habían estado en sombras mucho tiempo. No quería mostrar esa debilidad delante de aquel hombre, no quería que supiera lo perdida que se sentía aún tantas veces, aún a esa altura de su vida.

Ella tragó saliva y miró una ola que se levantaba y se dirigía a la orilla. Era extraño conocer a alguien que no conocía a su madre, o que no hubiera oído hablar de ella. Había habido épocas en su vida en que le había parecido que el mundo entero la conocía. Y que ella era invisible.

—¿Por qué era famosa?

—Era pintora. Una pintora muy dada a apariciones públicas. Televisión, conferencias, apariciones como invitada a galerías, todas las trampas de la fama, con sus glamorosos amigos y el estilo de vida de la *jet set*.

—Y una hija que odiaba todo eso —dijo él.

Keelin lo miró.

—No todos los hijos están conformes con la vida que eligen sus padres para ellos. Todos tenemos que encontrar nuestro lugar en el mundo.

—*Touché* —Garrett inclinó la cabeza.

Ella lo miró detenidamente.

—Eres bastante inusual para ser un granjero en medio de la nada, ¿no?

—¿Porque conozco una palabra en francés?

—No —ella se descruzó de brazos—. Tienes algo que no encaja con el modelo de pastor de ovejas.

—¡Qué esnob eres!

Ella vio el brillo burlón en sus ojos y sonrió.

—Bueno, no eres muy típico…

—No sé cómo tomarme eso.

—No te entusiasmes mucho. No te lo he dicho más que como una observación.

—¿Extraída de tu amplio conocimiento de los pastores de

ovejas?

—Vale… —ella inclinó la cabeza como lo había hecho él—. Tal vez sacado de mi idea preconcebida de lo que es un pastor de ovejas.

—Esnob —sonrió él.

Keelin rió.

—De acuerdo. ¿Cómo voy a saber cómo es un pastor de ovejas? Simplemente no me encaja que alguien como tú sólo cuide ovejas para vivir —Keelin se puso colorada.

—Estoy seguro de que hay un piropo en todo esto.

—Lo había —dijo ella, mirando el mar.

Garrett se rió, pero no dijo nada.

Ella lo miró y esperó a que la mirase.

—Tendría que dejar que te sintieras mal en defensa de los pastores de ovejas… Pero yo no sólo cuido ovejas para vivir. Hago bastantes más cosas que ésa. Pero me hubiera gustado demostrarte que estás equivocada. El trabajo de una granja, en sus variadas formas, es lo que ha mantenido a este país durante siglos.

—Lo sé —dijo ella, frunciendo el ceño ante aquel sermón que él le estaba dando—. Parece que no puedo decir nada que esté bien cuando hablo contigo.

—Supongo que debe de ser muy frustrarte para alguien que ha sido educada para decir siempre lo correcto en el momento preciso.

—Sí, lo es.

Garrett asintió. Luego volvió a mirar el mar.

Y Keelin lo habría empujado del acantilado, de rabia. Era la persona más irritante que conocía. Pero no le dijo nada.

El caso era que cuando habían estado corriendo por los campos con los *quads,* ella había sentido que empezaban a llevarse mejor, que tal vez no le disgustase a él.

—¿Nunca te rebelaste? —preguntó Garrett.

—¿Qué? —preguntó ella, confusa.

—Has dicho que los niños de los famosos se rebelaban o hacen lo que se les dice. ¿No sentiste nunca ganas de rebelarte?

Keelin relajó el ceño y sonrió pícaramente.

—Ah, yo no he dicho eso.

—¿Qué hiciste?

—¿Cuándo?

—¿Cuántas veces hubo?

—Unas pocas.

—¿Qué hiciste?

Keelin notó que Garrett utilizaba un tono seductor y que la

miraba a los ojos con un brillo cálido. Y su pulso volvió a acelerarse.

—No, tú ya tienes una opinión bastante baja de mí, con eso de que soy una esnob, y que no sé nada de los pastores de ovejas…

—Con decir eso, no lo arreglas. Sigues hablando como una esnob.

—Bien, entonces enséñame algo sobre el trabajo de una granja para que aprenda.

—¿Quieres aprender el trabajo de una granja?

Su cara hacía ver que no se lo creía.

Y Keelin pensó que ya era hora de que él cambiase su opinión de ella. Y estaba dispuesta a demostrarle que no había que juzgar por las apariencias.

—Siempre he pensado que el día que no aprendes nada, es un día malgastado.

—Tus botas de agua floreadas no aguantarían un solo día de trabajo en una granja.

—Mis botas están dispuestas a demostrarte que te equivocas.

—No estarán tan floreadas cuando terminemos.

—Tal vez no les importe tanto la apariencia exterior como tú crees…

—¿Oh, de verdad?

—Tienes miedo de que te demuestre que puedo ser pastora de ovejas, y tener que admitir que te equivocas.

—Eso no sucederá.

—Bueno, lo veremos.

Garrett agitó la cabeza y luego dijo:

—Sí, lo veremos.

Era una pequeña victoria, pensó Keelin, y sonrió internamente.

Garrett apartó la mirada y la dirigió al faro.

—¿Entonces quieres ir a ver el faro de cerca o hemos terminado con las atracciones turísticas?

Keelin se puso de pie y se acercó un poco a él.

—Oh, no he venido aquí para verlo porque fuera una atracción turística.

Garrett la observó. Parecía confuso.

—¿Entonces, por qué quieres verlo, sólo para llenar tu tiempo?

Ella se inclinó hacia él y le susurró:

—Aquí fue donde Dermot besó a mi madre por primera vez.

—¿De verdad?

Keelin asintió.

—Suena romántico, así que decidí verlo con mis propios ojos —

agregó Keelin.

Garrett tragó saliva, pero ella no lo vio.

Keelin se detuvo y cerró los ojos. Luego tomó aliento y dijo:

—Y lo es.

Abrió los ojos y lo miró.

—Supongo que el asunto es estar aquí con la persona adecuada.

Garrett pestañeó un par de veces y luego contestó lenta y comedidamente:

—Supongo.

Keelin asintió otra vez.

—Tienes que tenerlo en mente, entonces, como un lugar para venir con alguien que te guste.

Él la miró de un modo que la consumió. Primero los ojos, luego la nariz. Y por último su boca. Y volvió a mirarla a los ojos.

—Oh. Yo no he dicho que no me gustases. El que me gustes no es el problema.

Keelin apenas pudo respirar.

—¿No lo es? —preguntó con voz sensual.

—No —él agitó la cabeza lentamente sin dejar de sonreír.

—Prefiero conocer mejor a la gente antes de juzgarla. Y tú deberías hacer lo mismo…

Y dicho aquello, él se dio la vuelta y volvió a su *quad.*

Keelin se quedó confusa.

¿Garrett pensaba que no le gustaba a ella?

Capítulo 7

Keelin estaba tan absorta en la historia que se desprendía de las cartas de su madre, que no se dio cuenta de que el nivel de ruido del hotel había subido hasta que la música retumbó en sus pies.

Dobló la carta que había estado leyendo y la metió en su sobre. Miró el comedor y finalmente se dio cuenta de que estaba sola.

Había habido cuatro mesas llenas cuando había ido a cenar. ¿Adónde se había ido todo el mundo? Hasta el joven camarero que la había atendido parecía haber desaparecido.

Cuando salió al vestíbulo descubrió adónde se habían ido todos. Un montón de gente salía y entraba del bar, de donde venía la música.

—Hola, guapa —un hombre rudo le sonrió y le bloqueó el paso.

—Buenas noches.

—¿Estás aquí de visita? —el hombre miró alrededor—. No estarás sola, supongo, ¿no?

Keelin intentó pasar por un costado, pero no pudo y se vio forzada a contestar:

—Sí. Me quedaré sólo unos días.

—¿Sola? Una cosita guapa como tú no debería quedarse sola. Ven a la fiesta. Puede entrar todo el mundo…

—Gracias, pero no. He tenido un día agotador, y no estoy vestida exactamente para una fiesta.

—Bueno, para mí estás atractiva.

—Es muy joven para ti, Michael —un hombre más joven apareció a su lado—. Deja que alguien de su edad la lleve a bailar. ¿Te apetece bailar, guapa?

No con alguien que parecía que acababa de salir del colegio, pensó ella.

Keelin se dio cuenta de que se había formado un pequeño corro a su alrededor. En la isla debían de faltar mujeres disponibles, si tenía tantos hombres a su disposición.

Era muy halagador, pero no estaba interesada. Por otra parte, era capaz de cuidarse sola.

Aunque sabía que si intentaba deshacerse de aquellos hombres por la fuerza, no podría.

Así que tendría que hacerlo con su encanto.

Keelin sonrió y dijo:

—Chicos, de verdad, no me digáis que no hay chicas en el bar dispuestas a bailar con un grupo de chicos guapos como vosotros…

Garrett vio a Keelin rodeada de un grupo de muchachos.

Sintió rabia. Estuvo tentado de darse la vuelta y marcharse. No era asunto suyo lo que hacía Keelin ni con quien coqueteaba. Pero igualmente se sintió molesto.

Miró al grupo y reconoció a todos. Ninguno representaba una amenaza para ella. Pero Keelin no lo sabía.

Su experiencia mundana debería haberla alertado de que aquellos muchachos le traerían problemas. Beberían a lo largo de la noche y se meterían en peleas. ¿No tenía sentido común Keelin?

—Hola, Garrett. Cuántos chicos por aquí, ¿no?

Garrett sonrió a la mujer de Patrick.

—Sí, Shona. A la juventud le gusta divertirse.

—Eso es bueno para el negocio —Shona se rió y agarró una bandeja del mostrador de la recepción.

Cuando ésta se marchó, Garrett volvió a concentrarse en Keelin. Paul Logan, un lugareño, le había agarrado la mano.

Garrett apretó los dientes. Pero cuando pasó en dirección al bar, vio que Keelin lo miraba como pidiéndole ayuda.

Paul le volvió a agarrar la mano, y ella intentó soltarse.

Entonces Garrett pasó a la acción, sabiendo que aquello le costaría meses de cotilleos.

—Hola, cariño —dijo Garrett, acercándose a Keelin—. Siento haber llegado tarde —miró a Paul.

Éste soltó la mano de Keelin y se echó atrás. Keelin sonrió.

—No importa, cariño. Lo importante es que ya estás aquí —respondió ella.

«¿Cariño?», pensó él.

Pero cuando la miró supo que aquello era una farsa delante de los chicos. Entonces él se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Luego puso su mano posesivamente en la espalda de Keelin y miró a sus admiradores.

—Mucha gente hay hoy, ¿no, muchachos?

Hubo un coro de exclamaciones dirigidas a Garrett. Y finalmente le dijo Paul:

—¡Tienes una chica muy guapa, jefe! ¿Dónde la tenías escondida?

Garrett deslizó la mano por la espalda de Keelin y le rodeó los hombros con su brazo.

Ella se apoyó en él y puso una mano en su pecho.

Era una artista fingiendo, pensó él.

Cualquiera que los hubiera visto pensaría que se conocían desde hacía más tiempo. Y que su relación era más íntima.

Ella sonrió y dijo:

—Garrett me ha estado enseñando la isla, ¿no, cariño? Hemos encontrado un sitio muy romántico, el del faro…

Garrett sintió que se le tensaba el cuerpo al oír aquello.

Hubo un silbido general y Garrett comentó:

—¿Qué puedo deciros, muchachos? Me tiene ocupado todo el tiempo con tantos paseos turísticos.

—¿Eres de Killarney, entonces?

Keelin movió la mano por el pecho de Garrett.

—De un poco más lejos. De Dublín, de momento. Estoy aquí de visita, como os he dicho.

Todos miraron a Garrett.

Michael le palmeó la espalda y le dijo en voz baja, para que Keelin no pudiera oírlo:

—Esperemos que esta vez le vaya mejor, jefe. Nos alegraríamos mucho por ti.

Cuando el grupo se fue dispersando, Garrea quitó el brazo del hombro de Keelin, y ella lo miró.

—¿Qué ha querido decir con «que le vaya mejor» —preguntó Keelin, sorprendida.

—Se trata de una historia muy antigua —dijo él, apartándose de ella.

—Para mí, es nueva.

—No tiene importancia. ¿Quieres una copa?

Keelin lo miró. Y de pronto pareció comprender.

—¿Era la madre de Terri de la ciudad? ¿Es por eso por lo que no quieres que ella se marche?

Vio que había dado en el blanco al ver que él bajaba la mirada.

—Como te he dicho, es algo antiguo.

—¿Cómo la conociste? —preguntó ella, sin darse por vencida.

Garrett hizo una pausa, decidiendo si se lo contaba o no. Y cuando Keelin pensó que no se lo contaría, la sorprendió diciéndole:
—Su familia era originariamente de Dublín, pero pasaban las vacaciones aquí. Se mudaron aquí cuando ella tenía la edad de Terri, buscando un entorno más saludable para su hija. Pero ella no se adaptó nunca, y no veía la hora de marcharse otra vez. Se

marchó y una noche que asistió a una fiesta se emborrachó y salió a la carretera. Se puso delante de un coche. Iba a cumplir veintiún años.

—¿Y Terri dónde estaba?

—Con una niñera adolescente en un apartamento de mala muerte. Tenía ocho meses.

Keelin lo miró. No sabía qué decirle para aplacar la amargura que notaba en su voz.

Pero él interrumpió la conversación preguntándole:

—¿Quieres una copa, entonces?

—Sí, sí. Eso estaría bien. Gracias.

No era de extrañar que le preocupase que Terri quisiera irse a la cuidad, después de lo que le había sucedido a su madre.

Ella habría sentido lo mismo si hubiera estado en el lugar de él.

Pero ¿Garrett le habría contado a Terri todo aquello? ¿Le habría explicado sus temores? Eso le habría ayudado a…

Mientras Garrett la llevaba al bar, Keelin pensó a nueva información que tenía.

Su madre no habría sido perfecta, pero jamás la había dejado de pequeña para asistir a fiestas salvajes. Aun cuando Keelin asistía a la escuela todo el día, su madre había tenido una casa cerca para que Keelin fuera a dormir a casa todas las noches y tuviera algún tipo de rutina, aunque hubiera sido errática.

Su vida había sido más nómada en las vacaciones del colegio, y luego cuando se había hecho mayor. Aquello había sido el tema de muchas discusiones. Keelin se había rebelado contra su ejemplar comportamiento frente a los amigos de su madre y frente a la prensa, a quienes su madre cuidaba tanto. Pero aun entonces su madre había querido que Keelin estuviera a su lado. Y más tarde, desde que se había declarado su enfermedad hasta sus últimos días, se había apoyado en ella.

Keelin conocía a Garrett desde hacía muy poco tiempo, pero sabía instintivamente que nunca abandonaría a su hija por nada, y menos por ir a fiestas salvajes. Habría antepuesto siempre su seguridad y su bienestar. Keelin lo sabía.

Tal vez la madre de Terri no hubiera estado preparada para asumir semejante responsabilidad. Posiblemente no hubiera querido renunciar a la aventura de su juventud. Pero su egoísmo le había costado caro al final.

¿La habría amado Garrett entonces? ¿Cómo había llevado su pérdida? ¿Cómo se había tomado el cuidado de su hija siendo tan joven?

Cuando entraron en el bar, todos lo saludaron. Y le llamaron «jefe».

Aquello le hizo preguntarse por qué. Garrett le había dicho que la isla le debía a él más que el cuidado de las ovejas, ¿no?

Cuando encontraron un sitio donde ubicarse, Keelin se puso de puntillas y le dijo al oído:

—Todos te llaman «jefe». ¿Empleas a todo el mundo?

Garrett se giró hacia ella y sonrió.

—¿No era un pastor de ovejas?

—Vale, me lo merezco.

—Sí —dijo Garrett, asintiendo con tono decidido. Pero su mirada era cálida.

Keelin le sonrió. Hacía mucho que no conocía a nadie que la pusiera en su lugar tan fácilmente.

—¿Por qué no empezamos de nuevo ¿De acuerdo? —Keelin levantó la mano y, mirándolo, dijo—: Hola, encantada. Me llamo Keelin O'Donnell, soy la hija de una famosa artista, estoy aprendiendo a no juzgar precipitadamente a la gente y a hacer preguntas antes de sacar conclusiones equivocadas o meter la pata…

Garrett se rió y agitó la cabeza, antes de extender se mano y decir:

—Soy Garrett Kincaid, hijastro de un hombre que está más complacido de que hayas venido de lo que lo confiesa, prometo no juzgarte antes de conocerte mejor, basándome en la mujer que he conocido hasta ahora.

Keelin le dio la mano, y dijo:

—¿Ves? No ha sido tan difícil…

—¿Eso crees? ¿Qué quieres beber? —le preguntó, yendo en dirección a la esposa de Patrick.

—Vino blanco, gracias.

Garrett volvió a su lado con las copas en la mano, maniobrando por entre la gente.

Era ridículo, pero ella se sentía tímida después de «su nuevo comienzo». No era que fuese una «mujer fatal», pero normalmente se sentía más segura con la gente. Sabía de qué hablar para romper el hielo, y podía hablar de muchos temas. Los años de vida social con gente diferente se lo habían enseñado.

Pero con Garrett se quedaba en blanco.

Como si tuviera miedo de cometer los mismos errores de antes, y prefiriese no decir nada antes de equivocarse.

Se transformó en una observadora silenciosa mientras la gente se

acercaba a Garrett a hablarle. Pero al poco rato ya estaba sonriendo.

Cuando el último grupo se alejó de ellos, Garrett le preguntó:

—¿Y?

—Tú eres la versión masculina de mí.

Él la miró, asombrado.

Entonces Keelin continuó:

—Sabes qué decirle a la gente en el momento justo. Cómo deshacerte de ellos cortésmente cuando no quieres hablar más con ellos, cómo animarlos cuando lo necesitan…

Él se quedó pensando, y luego dijo, agitando la cabeza:

—Sin embargo, cuando hablas conmigo no es tan fácil para ti, ¿no?

—No. Suelo meter la pata en compañía tuya —admitió ella.

—¿Y por qué crees que ocurre?

Ella no quería que supiera el motivo.

Desde que se había encontrado con él parecía haber cambiado su personalidad. Pero eso podía ser por todo lo que había sucedido, ¿no? Garrett la observó.

Habían hecho un nuevo comienzo, pero eso no quería decir que hubieran quitado todas las barreras de desconfianza que los separaban. Y él estaba seguro de que ella tenía tantas como él. Tenía que tener en cuenta que por que él hubiera podido abrirse un poco a Keelin, no quería decir que ella tuviera que hacer lo mismo.

Pero quería saber realmente qué pasaba con ella.

—¿Asusto tanto yo? No vas a volver a verme cuando te marches, después de todo…

Ella sonrió.

—No sé cuánto tiempo me voy a quedar. Pero no puedo ocultarme aquí para siempre —ella hizo una pausa y tomó aliento, desviando la mirada del rostro de Garrett—. Y sí, en realidad asustas bastante, ya que me lo preguntas.

Garrett rió al oír su sinceridad.

—¿Por qué?

—Eres muy controlado. Supongo que eso me recuerda que yo no lo soy.

Si ella pensaba eso, es que él había ocultado sus sentimientos muy bien, pensó él.

—¿Y por qué no tienes el control de ti misma?

Ella le sonrió con tristeza.

—No sé bien lo que estoy haciendo.

—¿Por que tu madre no está y no tienes que cuidarla?

—En parte por eso. Cuidar a un enfermo terminal es una tarea que te consume todo el tiempo, aun con una enfermera que te ayude. Pero decir que no tengo el control de mi vida porque no está mi madre es como si dijera que no puedo hacer nada sin su influencia, y eso tampoco es verdad. Pero cuando ella vivía, yo me daba cuenta de que todo lo que hacía y decía era un reflejo de ella en cierto modo. Yo tenía un deber como hija suya. O al menos yo lo sentía así.

Garrett, involuntariamente, se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—¿No tienes un deber contigo misma?

Keelin lo miró, pero no dijo nada. Simplemente lo miró y entreabrió su boca un milímetro.

Y Garrett se vio mirando su boca, el contorno de sus labios.

Y sintió que el control del que ella le había hablado lo abandonaba, al sentir un deseo irreprimible de besarla.

Pero pudo frenarse a tiempo.

—¿El deber de ser feliz por lo menos? ¿Eres feliz, Keelin?

Keelin se humedeció los labios antes de contestar:

—Me gustaría tener la oportunidad de serlo. No creo que pueda pedirse más.

Capítulo 8

Garrett se sentía seducido por Keelin. Sabía que no tenía sentido, pero hacía tanto tiempo que no se sentía excitado y entusiasmado por alguien, que disfrutaba de aquella sensación. Echaba de menos sentirse así, pensó, cuando dejó a Keelin nuevamente en su habitación y volvió a su casa.

¿Había estado tan ocupado construyéndose una vida en la isla que no se había dado cuenta de que le faltaba aquello?

Una vida de la que pudiera estar orgulloso. Una vida con la que pudiera devolver algo a la comunidad en la que había crecido. Una vida que le asegurase un futuro a Terri.

El caso es que hacía mucho tiempo que no se sentía tan atraído por una mujer.

No había sido célibe durante aquellos casi diez años. Pero no había sentido nunca aquel cosquilleo que sentía cuando veía a Keelin. A pesar de la voz en su interior que le decía que debía apartarse de ella.

Keelin era una chica de ciudad que estaba tomándose unas pequeñas vacaciones en el campo, un descanso para pensar y encontrar una nueva dirección en su vida, ahora que le faltaba la fuerte personalidad de su madre. Luego volvería a la ciudad. Keelin no había nacido para vivir en el campo.

Pero aunque no fuera una chica de campo, conocía algunas cosas.

—Esas no son ovejas.

Garrett no la miró, y tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

—Oooh… Veamos…

Garrett tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse.

—Yo no te he dicho nunca que tenía ovejas. Fuiste tú quien lo supuso.

Keelin lo miró. Tenía un brillo pícaro en sus ojos azules.

—Y tú dejaste que lo suponga.

—No. Simplemente no te he corregido.

—Es lo mismo, ¿no crees?

—Me dio pena decirte que estabas equivocada cuando tú estabas tan convencida de que tenías razón. Y como me dijiste que querías

aprender cosas sobre una granja, y no especificaste a qué animal te referías…

—Mmm… Te cuesta mucho corregirme en las cosas que me equivoco desde que nos hemos conocido, ¿no? No podías mencionar que no tenías ovejas, ¿verdad?

—Te dije que no llegarías a ser mejor granjera de ovejas que yo. Simplemente no mencioné que no tenía ovejas.

Keelin carraspeó y se arremangó las mangas de su suéter.

—Bien. ¿Qué vamos a hacer con ellas? —preguntó ella—. Por favor, dime que no vamos a ordeñarlas.

Garrett se rió.

—Bueno, en realidad…

Ella lo miró.

—No vamos a ordeñarlas, ¿verdad?

Garrett extendió la mano para guiarla, pero se detuvo antes de tocar su espalda. Sería mejor que dejara de tocarla. No sabía qué le pasaba que las manos se le iban a ella.

—Bueno, si crees que tus botas de goma floreadas están preparadas…

—Las botas de agua están preparadas para aprender cualquier cosa nueva… No se trata de eso. Sólo que hay… —se detuvo delante del cobertizo e hizo un gesto con la mano— millones de vacas. No terminaré hasta el año que viene, y no pensaba quedarme tanto tiempo.

Se detuvieron y miraron las largas hileras de corrales a ambos lados del inmaculado granero. Se oía el mugido de las vacas de fondo.

—Son cien más o menos. No millones.

Las hileras parecían no terminarse nunca, pensó Keelin.

Levantó la cabeza y miró a Garrett.

—De acuerdo —suspiró—. Tú ganas este combate.

—¿Las botas aceptan la derrota?

—Las botas aún están preparadas para aprender, pero es posible que estén cansadas después de las primeras cincuenta, y la leche puede acabárseles a las otras antes de que lleguemos a ordeñarlas.

—Es una suerte para las botas de goma que tengamos un servicio casi automático de ordeñe en el cobertizo… —la miró— y que ya hayan sido ordeñadas hace una hora aproximadamente. Siempre hay un grupo de cuatro aquí.

Keelin se sintió irritada. Nuevamente él se había burlado de ella y la había puesto en ridículo.

—Bueno, si ordeñar no es la lección, entonces no hemos

terminado. Las botas de goma se niegan a darse por vencidas.

—Ah, pero ya lo han hecho. No pueden echarse atrás ahora.

—Juegas sucio.

—Lo que hay que aguantar…

Él vio que ella reprimía una sonrisa.

—Estás sonriendo —dijo Garrett.

—¿A pesar de que me has vuelto a tomar el pelo, quieres decir?

Eso no era exactamente lo que él había querido decir. No había querido tomarla por tonta. Pero le divertía tomarle el pelo, y demostrarle que estaba equivocada. Y descubrir retazos de su personalidad a lo largo del juego, aunque se arriesgase a mostrar parte de la suya.

En realidad, se alegraba de que sonriese, porque eso demostraba que él había progresado en la relación con ella. Que ella lo estimaba un poco más. Y a su ego le gustaba eso.

Porque él quería… ¿Qué quería exactamente?

¿Que ella supiera que él era… qué? ¿Que no era un pastor de ovejas?

No, en realidad le gustaba que sonriese porque eso le demostraba que ella disfrutaba de su compañía, que se sentía más cómoda con él. Pero ¿por qué deseaba eso?

—¿No deberías estar frunciendo la nariz y diciendo lo mal que huele esto?

Keelin sonrió más.

—Por supuesto que huele. Pero supongo que es normal. Al parecer, tú crees que yo soy una muñequita de porcelana o algo así, ¿no? Alguien que se siente disgustada de estar rodeada de animales, alguien que estaría más a gusto con una copa de champán que disfrutando del aire libre, ¿no?

—¿Y no lo estás?

Keelin se detuvo y lo miró con un brillo en sus ojos que lo derritió.

¿Cómo lo lograba? Se preguntó él nuevamente.

—Oh, ¿y ahora quién es el que da por supuesto cosas, señor Kincaid? Creo que puedo hacer ambas cosas, si me dices cómo tengo que hacerlo —de pronto levantó la mano y le palmeó la espalda, y con un brillo desafiante en los ojos agregó—: Soy tu ayudante. Trátame como si fuera uno de tus peones…

Él sería incapaz de hacerlo, pensó Garrett.

Keelin se entregó a la tarea con entusiasmo. Lo que le faltaba de fuerza física lo compensaba con determinación y ganas de probar.

Lo que le gustaba era su expresión mientras llevaba un cubo de

un lado a otro y ponía comida en los comederos, acompañada siempre por los perros. Arqueaba las cejas, concentrada, y sacaba la punta de la lengua con expresión de esfuerzo.

Si era una muñeca de porcelana, se trataba de una nueva versión. Porque podía tener un aspecto estupendo y a la vez trabajar eficientemente cuando había que hacerlo. Era una especie de supermuñeca de porcelana, que todo lo podía.

Keelin se limpió las manos en la parte de adelante de sus vaqueros de diseño y echó la cara hacia atrás mientras él volvía a llenar los cubos para alimentar a los animales.

—¿Y ahora, adónde va la leche? —preguntó ella cuando habían terminado.

—La llevan en camiones cisterna hasta nuestra fábrica de Caherciveen, en tierra firme. Debes de haber pasado por ella cuando tomaste el *ferry*.

—¿Tienes una fábrica? —preguntó, sorprendida— ¿Qué fabricas?

—Productos lácteos orgánicos. El helado es nuestra estrella. Lo llevamos a todo el país, y recientemente, a los mejores restaurantes del Reino Unido —abrió otro saco y lo vació en un enorme cubo metálico.

—¿Y con cien vacas puedes hacer todo eso?

Garrett sonrió.

—No. Las chicas son buenas, pero no tanto. La mayoría de los vecinos de la isla tienen ganado. Algunos lo crían, otros, tienen ganado para hacer productos lácteos, y otros crían terneras para carne orgánica. Pero no hay demasiado terreno para tener ganado, así que tenemos varias granjas pequeñas en el continente, cerca de aquí. De hecho, ya no suelo pasar mucho tiempo aquí, en la granja familiar. Suelo estar en la fábrica, o fuera, visitando nuevos clientes, o buscando nuevas granjas que puedan trabajar con nuestros métodos. No es fácil pasar de los métodos más comunes usados en las granjas a nuestro modo de trabajar.

—Es por eso que todo el mundo te llama «jefe». Y por lo que has dicho que la isla te debe más que tu trabajo de…

—¿Pastor de ovejas?

Keelin se puso colorada y él rió suavemente en respuesta.

—Podrías habérmelo dicho… —comentó, sonriendo ella.

—Sí. Pero entonces me habría perdido…

—¿El hacerme sentir como una idiota?

Se habría perdido el pasar más tiempo en compañía de ella, tomándole el pelo y mostrándole cosas, sin que fuera obvio que eso

era lo que quería.

Pero ahora que empezaba a conocerla un poco más, y que veía que a Keelin no le era fácil hacerse cargo de su vida, no podía mentirle totalmente.

—Quizás haya querido impresionarte un poco… —lo que no era mentira—. Aunque me lo hayas puesto fácil para tomarte el pelo. Desde el principio te has presentado como un poco esnob, tienes que admitirlo.

—Sólo porque tú tienes un gran talento para sacar lo peor de mí.

—Si lo hago, es sin intención.

—¿Sí? —ella levantó las cejas— ¿Tú? Si desde la primera noche me dijiste que me mantuviera a distancia… No puedes culparme si a partir de entonces me he puesto a la defensiva…

—También sentí la necesidad de abrazarte a la hora de conocerte… —confesó Garrett.

Keelin lo miró un largo momento.

Garrett no pudo leer sus pensamientos aquella vez, porque estaba fascinado viendo sus pupilas agrandadas, el color cobalto que habían tomado sus ojos azules… Luego su mirada se posó en su boca.

Apretó las manos en forma de puño, decidido a no volver a tocarla.

Garrett notó la atmósfera eléctrica en el ambiente.

—Fue algo instintivo, simplemente. Diste consuelo a una mujer que sollozaba —sonrió Keelin débilmente—. Y fue muy caballeroso de tu parte.

—Necesitabas que te abrazara alguien.

Los ojos de Keelin brillaron, pero ella pestañeó y ahuyentó la emoción.

—Bueno, fue un gesto agradable de tu parte. Pero ahora que me conoces un poco más, espero que te hayas dado cuenta de que puedo cuidarme sola. Aunque a veces no lo lleve muy bien.

—Nadie debería estar solo ante algo así, Keelin.

—Tú lo estás. No te has casado desde que murió la madre de Terri. Y eso debe de haber sido una elección tuya. Dudo mucho que en un sitio pequeño como éste no hayas tenido oportunidad de mujeres.

Garrett ignoró el piropo que significaban sus palabras y bajó la mirada. Miró sus pies, debatiéndose entre dejarla hablar o averiguar lo que quería saber.

Cuando volvió a mirarla, la intensidad en los ojos de Keelin lo hizo hablar:

—Pero yo no estoy solo como tú, ¿no? Tengo a Terri y a Dermot. Somos una familia. ¿Qué te espera a ti ahí fuera?

No le preguntó directamente si tenía novio o algún amante esperándola. La insinuación estaba ahí.

—¿Y a ti en qué te afecta que haya o no alguien esperándome, Garrett? —sonrió ella—. No voy a llamarte para que vengas a consolarme con un abrazo cuando esté a cientos de kilómetros.

Garrett desvió la mirada.

—Como te he dicho, pienso que nadie debería estar solo en la vida. Y menos una persona que dice que querría tener la oportunidad de ser feliz.

—¿Como lo eres tú?

Sus palabras lo hirieron. Él tenía su familia, su exitoso negocio, el respeto de los isleños y de la gente con la que se trataba todos los días. Pero ¿era feliz?

Garrett no podía decir eso. Sobre todo desde que había descubierto la excitación que podía sentir estando con Keelin.

—Me gustaría tener la oportunidad de serlo, como todo el mundo.

Keelin lo miró. Y por un momento Garrett sintió el impulso de acercarse a ella, el tirón invisible que lo llevaba hacia ella.

—¡Oh! ¡Estabais aquí…! Me preguntaba qué te estaba entreteniendo.

Los dos se dieron la vuelta y vieron a Dermot, al otro lado del cobertizo. Éste sonrió.

—Trae a Keelin a casa a tomar el té, Garrett. No puedes hacer nada de momento hasta que este grupo de vacas termine de comer.

—Estábamos a punto de entrar —sonrió Garrett.

Y esperó que Keelin empezara a caminar.

Y en ese momento ella le contestó en voz baja:

—No hacía falta que me impresionases con lo que hacías para ganarte la vida, Garrett. Me impresionas con sólo ser como eres.

Capítulo 9

—¿Puedo comprarme botas como las de Keelin, papá?

Keelin se rió, y Garrett puso los ojos en blanco. Era agradable estar otra vez con la familia de Garrett, aunque fuera brevemente, aunque ahora supiera seguro que no había lugar para ella.

No era que la estuvieran tratando de forma diferente a otras veces, excepto que Garrett no estaba frunciendo el ceño aquella vez. De hecho, parecía evitar mirarla directamente delante de todo el mundo.

Y Keelin sabía que era por la conversación que habían tenido cuando Dermot los había interrumpido.

La conversación que había llegado a una pausa en la que ella había deseado fervientemente que él la besara.

Pero él no la había besado, lo que probablemente fuera mejor. Porque si no ella hubiera estado perdida.

Bastante había hecho ya diciéndole que él la había impresionado.

—¿Hay botas con mariposas también?

Garrett señaló a Keelin para que contestase.

—Te toca a ti contestar.

—No puedo decírtelo, Terri. Es posible —dijo Keelin—. Pero sé que las hay con lentejuelas y metalizadas.

Garrett gruñó.

Y Terri se rió. Se puso detrás de él y le rodeó el cuello con sus brazos. Luego apoyó la barbilla en su hombro.

—Podrían ser botas de agua para ocasiones especiales, papá. Para Navidad, Semana Santa, cumpleaños, ese tipo de cosas… Ni te darías cuenta de que las tengo.

—Sería imposible no verlas —Garrett puso sus manos encima de las de Terri y se giró hacia ella—: ¿Y no preferirías unas bonitas botas azul marino?

—Eres tan aburrido, papá. ¡No seas tan aguafiestas! Keelin, ayúdame. No podemos dejar que sea tan poco aventurero toda la vida, ¿no crees?

Garrett miró a Keelin. Una vez se había metido en problemas por contestarle a Terri, ¿cómo iba a hacerlo ahora?

Keelin carraspeó y dijo:

—Ahora que he visto a tu papá en un *quad*, no puedo decir que no sea aventurero.

—Estoy segura de que tú debes de haber tenido muchas aventuras.

Keelin sonrió.

—Ninguna que pueda contarte. Podría darte ideas.

Garrett la miró con ojos cálidos, y ella sonrió. ¿La había mirado así porque a él le habría gustado saber lo que ella había hecho antes o sólo porque ella no había querido animar a Terri a imitar sus aventuras?

Las dos posibilidades le gustaban. Quería decir que él se sentía impresionado por ella.

En realidad no había hecho nada que pudiera impresionarlo… Pero deseaba hacerlo, pensó ella. Deseaba que sintiera lo mismo que ella.

—¿Y qué pensaba tu madre de tus aventuras?

Keelin miró a Dermot, que acababa de hablar.

—Ése era el asunto. Creo que yo intentaba llamar la atención de mi madre con mis aventuras, pero ella no les daba importancia. Decía que algún día encontraría mis propios límites. Que me haría más sensata cuando fuera mayor, porque a la que realmente afectaban era a mí.

Dermot asintió.

—Sí, eso suena muy típico de tu madre. Seguramente comprendía tu necesidad de libertad. Y por otra parte, ella misma había vivido mucho y comprendía cuándo había que dejarte y cuándo intervenir.

—Ella nunca intervenía. Creo que ése fue el motivo por el que dejé de provocarla con mis aventuras. No conseguí la atención que quería.

—Bueno, no debes haber hecho nada terrible, entonces. Porque si no, ella te habría parado —sonrió Dermot.

—¿Hiciste algo grave alguna vez? —preguntó Garrett.

—Nada que pudiera hacerme daño. Las cosas típicas… —contestó Keelin, mirando a Garrett.

—Oh… ¡Ahora sí que quiero saber lo que hiciste! —exclamó Terri.

Keelin se rió.

—¡Busca tus propias aventuras! No quiero que me echen las culpas luego…

—Eso es imposible. Ni siquiera me dejan la aventura de unas botas de goma —respondió la niña.

Garrett suspiró con resignación, como si aquélla fuese una larga batalla iniciada mucho antes de que ella hubiera llegado allí. Y que probablemente continuaría mucho tiempo después de que se hubiera marchado.

Ella nunca se había puesto en el lugar de los padres, pero después de contar cómo reaccionaba su madre ante sus aventuras, no tenía nada claro lo que estaba bien o mal desde ese punto de vista.

Se sintió un poco más valiente con Garrett y dijo:

—A lo mejor tu padre y tú podéis tener alguna aventura juntos. Eso sería divertido, ¿no?

Terri miró la nuca de su padre un momento y luego miró a Keelin con una expresión que casi le rogaba que la ayudase.

—Podéis hablar sobre las cosas que os gustaría hacer o de los lugares adonde os gustaría ir y disfrutar también planeándolo, ¿no crees?

Terri se encogió de hombros.

—Es posible. Depende de lo que hagamos…

—Bueno, ¿por qué no piensas algunas ideas y se las comentas a tu padre?

Keelin no se atrevió a mirar a Garrett, por si a él no le había gustado su interferencia. Keelin tomó aire y preguntó:

—¿Qué te gustaría hacer?

—Me gustaría ir de compras a Dublín. Pero eso es cosa de chicas y a papá no le gustaría.

¿No había ninguna figura femenina, una tía o una abuela?

Keelin miró a Garrett, como preguntándoselo.

Garrett pareció querer decir algo, pero luego se calló.

—Bueno, si tu papá te deja, yo puedo llevarte de compras. Pero tienes que prometerme que harás algún plan que puedas compartir con él, un concierto o un fin de semana en algún sitio… Y hacerlo regularmente, quizás unas veces al año. ¿Crees que puedes hacerlo?

Terri la miró, entusiasmada.

—¿De verdad? ¿Me llevarías de compras?

No había tenido el efecto que había buscado. Ella había querido que Terri pasara más tiempo con su padre.

—Si tu padre está de acuerdo… —miró a Garrett, levantando las cejas, interrogantes.

Dermot se inclinó y agregó:

—Yo que tú aceptaría, Garrett. Así te libras del suplicio de ir con ella de tienda en tienda.

La habitación pareció contener la respiración, hasta que Garrett

sonrió y dijo:

—Me habéis tendido una trampa…

—Una chica haría cualquier cosa para ir de compras… —dijo Keelin.

—Por favor, papá —Terri volvió a rodear a su padre con sus brazos y le rogó al oído—: Por favor…

—Dublín, no. Está demasiado lejos…

—Pero, papá…

Su padre puso su brazo en el de su hija nuevamente.

—Killarney está más cerca. No puedes pedirle a Keelin que conduzca hasta Dublín ida y vuelta.

—Pero, papá…

Keelin intercedió.

—Ir de compras es igual en cualquier sitio, cariño. Y yo no he ido a Killarney, así que será tan divertido para ti como para mí. Podemos ir temprano, hacer las compras, comer en algún sitio glamoroso y luego hacer alguna compra más. Si tu padre se porta bien, incluso es posible que le traigamos algo de regalo…

Garrett la miró y luego miró a su hija, asintiendo.

—¿Ves? Todos contentos —dijo—. Aunque no hay demasiados sitios con glamur en Killarney…

Terri abrazó a su padre y le besó la mejilla.

Luego rodeó la mesa y abrazó y besó a Keelin. Esta se sorprendió de aquella afectividad.

—Gracias. Muchas gracias. ¡Eres increíble! ¡Nunca he tenido un día de compras de chicas, y siempre he querido hacerlo!

Keelin se sintió conmovida. No estaba acostumbrada a tanta afectividad y libertad para expresarla.

¿Cómo había podido dejar su madre a aquella niña que tenía tanto que dar? ¡Necesitaba tanto una madre, ahora que daba sus primeros pasos hacia su feminidad! Era muy injusto.

Y de pronto recordó la primera vez que había ido de compras con su madre, como dos mujeres adultas, en París. Se habían pasado el día gastando, bebiendo chocolate caliente, charlando y riendo.

¿Cómo había podido olvidarlo?

Sin saberlo, Terri le había hecho un enorme regalo a cambio de un regalo pequeño.

—Será mejor que vaya a guardar el ganado. Los muchachos se marchan temprano el domingo, para poder comer en familia, cuando estoy yo aquí —dijo Garrett.

Keelin volvió al presente. Vio a Garrett levantarse de la mesa, sonrió a Terri, la abrazó y luego se levantó también.

—No me perdería por nada del mundo otra oportunidad de jugar con un *quad* —dijo.

Dermot sonrió.

—Estoy seguro de que Garrett se alegrará de que lo ayudes y de que le hagas compañía…

Keelin se sorprendió de oír decir aquello a Dermot.

—Pero procurad estar aquí a las tres para comer —agregó.

—Siempre comemos más tarde los domingos —dijo Terri—. Para que estos dos vejestorios vean los deportes por la tarde…

—No hace falta que se moleste por mí con la comida, Dermot. Sólo he venido a aprender un poco los trabajos de una granja, porque es algo que no he hecho nunca y…

—Tonterías, niña. Tú has trabajado aquí el domingo por la mañana, así que lo menos que podemos hacer es darte de comer —Dermot miró a Garrett—. Da la impresión de que a Keelin le vendría bien un poco de comida, ¿no, Garrett?

Garrett aprovechó para mirarla de arriba abajo.

Ella sintió un estremecimiento.

¡Dios! ¡Si con sólo mirarla causaba aquello, cómo reaccionaría si la tocaba!, pensó ella.

—Será mejor que aceptes, Keelin. Porque si no, no te dejará en paz hasta que lo hagas. Es muy cabezón —le dijo Garrett.

Keelin sonrió, asintió y contestó a Garrett:

—Es cosa de familia… —luego se dirigió a Dermot—: Bueno, de acuerdo, entonces. Gracias.

Garrett suspiró profundamente.

—Será mejor que vayas a buscar tus botas floreadas, entonces…

Cuando ella salió, Garrett estaba esperando fuera, caminando de un lado a otro.

—Lo siento. Dermot me estaba preguntando lo que comía y lo que no comía. No he querido entretenerte.

—No hacía falta que lo hicieras, ¿lo sabes, no?

—¿El qué? ¿El decirle a Dermot lo que como? —preguntó Keelin con una sonrisa, para relajar la tensión que intuía en la mirada de Garrett—. ¿Y si tuviera alergia a las nueces? Dermot podría matarme. No querrás que eso pese sobre su conciencia, ¿verdad?

—Eso no es lo que he querido decir.

—Lo sé —Keelin asintió.

—Podría haberla llevado de compras yo. Como otras veces.

—No es lo mismo, ¿no crees?

—No —Garrett se rió suavemente—. No lo es.

—Es sólo un día, Garrett, y yo me lo pasaré bien también. No es

para tanto…

—Para ella sí lo es —respondió él, frunciendo el ceño.

—Lo sé. Pero a mí no me cuesta nada —ella levantó la barbilla y caminó por el sendero—. Es un día de compras, nada más. No estoy donando un riñón o algo por el estilo, así que no exageres, de verdad. Olvídalo.

Ella pasó por delante de él y Garrett le agarró la mano y le dijo con voz sensual:

—No disimules con bromas, Keelin. No te estaba dando las gracias por ir de compras con Terri. Sé lo que has intentado hacer con esto.

Keelin tragó saliva y deshizo el nudo que tenía en la garganta.

—No es para tanto… —respondió.

—Es mucho más de lo que tú te imaginas, aunque no hayas querido ayudar conscientemente. Después de lo mal que me porté contigo la última vez que intentaste hacer amistad con Terri…

Ella lo miró a los ojos:

—Está creciendo, Garrett. Eso es todo. Está pasando por cosas que, aunque quieras comprenderlas, no podrás hacerlo. Porque tú eres un hombre, y ella es una joven mujer. Necesitas tiempo para aceptarla como tal —Keelin se soltó de su mano y se apartó un paso de él—. Y a mí se me ha ocurrido una forma de hacerlo, eso es todo. Me ha parecido una buena idea.

—Lo es. Es algo que debería habérseme ocurrido a mí…

—A veces somos incapaces de ver la solución más evidente.

Ella deseó poder dar un paso hacia delante y consolarlo, porque era lo que él necesitaba.

Como había hecho él cuando ella lo había necesitado.

Pero no podía hacerlo con Garrett. Era demasiado. Si se abrazaba a Garrett, tal vez fuera imposible separarse de él. Y no era justo que una sola persona resolviera su vida.

No era el momento adecuado para enamorarse. Eso era todo.

Keelin se dio la vuelta y caminó por el sendero.

—Vayamos a buscar al ganado… —dijo.

Capítulo 10

Sucedió tan rápidamente.

Apenas habían hablado desde que habían vuelto a los *quads*, excepto las instrucciones necesarias para llevar al ganado nuevamente a los pastos. Y Garrett lo agradeció.

Porque por primera vez él no había sabido qué más decir. Porque Keelin no sólo le estaba llegando muy dentro a él, sino que, sin saberlo, había trazado puentes entre su hija y él.

¿Cómo lo hacía?

Además, cuando Terri la había abrazado ella se había iluminado con el calor del afecto.

Él las había mirado, abrazadas, y había sentido un nudo en el corazón.

Pero no le iba a hablar de aquello…

Y por eso se había concentrado en el ganado. Y apenas la había mirado para saber dónde estaba y que estaba bien.

Y fue por ello que no vio que un animal se había querido escapar y que Keelin lo estaba rodeando para traerlo de nuevo.

—¡Keelin, déjalo!

No estaba seguro de que pudiera oírlo.

—¡Keelin!

Y corrió muy rápido.

En un momento Keelin estaba tratando de perseguir a la vaca y al siguiente, cuando ésta se dio la vuelta, Keelin giró con ella y el *quad* cayó en un bache, y ella saltó por el aire y cayó al suelo.

Y el corazón de Garrett dejó de latir.

Sintió que no llegaba nunca.

Para entonces vio que ella se levantaba, y entonces dejaron de retumbarle los oídos, y se relajó. Pero luego se enfadó.

—¿Qué diablos has hecho?

Keelin se incorporó y lo miró, sorprendida y pálida.

—Venga, chíllame, porque estoy bien, de verdad, gracias por preguntarme…

Garrett apagó el motor y se bajó del vehículo. Luego se arrodilló a su lado.

Keelin tenía una mejilla manchada de grasa y barro por todo el vaquero de diseño, las botas de goma medio salidas de sus pies, y el

pelo despeinado. Era hermosa aun cuando estaba hecha un desastre.

—¿Te duele algo?

—¿Aparte de mi orgullo, quieres decir?

—Ahora mismo no me importa nada tu orgullo. Me preocupa más que te hayas roto un hueso.

—No me he roto nada.

Pero Garrett le tocó la pierna desde el tobillo, buscando heridas. Y tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse, aunque tuviera una excusa para tocarla. Si se hubiera roto algo habría gritado, pensó.

—¡Basta! ¡Estoy bien!

—Tengo que examinarte…

—De verdad, déjalo —le quitó las manos—. Si me doliese, te lo diría.

Garrett la miró. Miró sus labios entreabiertos, su pecho agitado, y su respiración irregular, y supo que no se trataba sólo de la caída.

Entonces hizo círculos con sus dedos y le acarició la parte de atrás de la rodilla.

—¿Te duele?

—No.

Luego hizo lo mismo con la otra pierna, sonriendo íntimamente.

—¿Y aquí? —preguntó.

Keelin se dio cuenta de lo que pasaba. De pronto se irguió y le quitó las manos de su pierna.

—Es suficiente. Estoy bien. Y creo que ambos lo sabemos.

Garrett se rió y Keelin lo miró.

Entonces le ofreció una mano para ayudarla a levantarse, pero ella no le hizo caso e intentó levantarse sola.

Casi lo consiguió, pero cuando quiso soportar el peso con su pie izquierdo, casi se cayó.

Garrett la sujetó.

—Vale. No estás tan bien, al parecer.

—Debo de habérmelo torcido. No está roto.

—Bueno, doctora O'Donnell, aunque valore mucho su opinión, ¿qué le parece si vemos a un médico? Pon el brazo alrededor de mi cintura y apóyate en mí.

Hubo un momento de duda.

—Keelin. Sólo te estoy ayudando para que no fuerces ese tobillo.

Ella lo miró por el rabillo del ojo y sopló un mechón de pelo que tenía en la cara. Garrett se rió al ver su cara de desconfianza.

Pero su fiera mirada lo hizo controlarse. Se apartó y levantó los brazos.

—Adelante, tú sola, entonces. Iré a rescatar tu *quad*.

Garrett fue a recogerlo, pero no perdió de vista a Keelin.

Era muy cabezona, pensó.

Pero Garrett estaba preocupado porque lo que había sucedido era responsabilidad suya. ¿Qué diablos había hecho? Era como si hubiera puesto ante ella una serie de desafíos y pruebas de obstáculos para que los pasara, y estuviera esperando que ella fallara en algo para confirmar que Keelin jamás podría vivir en aquel mundo suyo.

Y ella había aceptado todos los desafíos. ¿Qué quería de ella?

No tenía sentido que le presentase desafíos. Eso no cambiaría el hecho de que ella volviera a su vida.

—¿Cómo vas a poder caminar así? —le dijo a Keelin, irritado.

Keelin levantó la cabeza y contestó:

—Por más determinación que tenga, conozco mis límites. Y dudo que pueda volver a la casa sin subirme al *quad.*

—Entonces, ¿qué esperas que haga yo?

Enfadado, agarró la llave del *quad* de Keelin y se la metió en el bolsillo. Luego fue hacia ella, con determinación.

Ella se encogió.

Y entonces Garrett la levantó en brazos.

—¡Garrett! ¡Bájame!

—Te bajaré cuando estés en casa.

Ella intentó soltarse.

—Te lo digo en serio. ¡Bájame! Puedo volver a la casa en el *quad.*

—No, con ese tobillo así, no puedes. No podrás cambiar las marchas.

Después de un momento de lucha, Garrett sintió que ella se aferraba a su cuello.

—Puedes luchar todo lo que quieras, Keelin. Pero yo te llevaré de regreso.

—¿Vas a atravesar todo este campo conmigo en brazos? ¡Estamos a kilómetros! ¡Es ridículo!

Garrett caminaba, decidido.

—Sí, porque pesas tanto, que va a ser un esfuerzo terrible… —se burló él—. Y no hay kilómetros de distancia. Es una zancada, eso es todo.

—Entonces, llévame en tu *quad*. Nunca me ha llevado nadie así.

—Mientras yo esté cerca, no vuelves a subirte a un *quad.*

Ella dejó de luchar y él siguió caminando.

—No te estarás culpando por mi caída, ¿verdad?

Y Keelin supo que eso era exactamente lo que le pasaba a

Garrett.

Pero no era culpa suya.

—Ha sido un accidente… —dijo ella suavemente.

Garrett siguió caminando por el campo, sin hacerle caso.

—No es culpa tuya. Doblé con poco espacio y caí en un bache. Eso es todo.

—No habrías subido a un *quad* de no haber sido por mí.

—¡Oh, por el amor de Dios! —ella intentó soltarse otra vez, pero no lo logró.

Garrett la estaba llevando como si no pesara nada. Y eso no sólo era porque ella no era grande, sino porque él era muy fuerte. Sus brazos eran como dos bandas de acero.

Y lo que estaba haciendo era lo más seductor y romántico que habían hecho por ella.

¿Cómo era posible? ¡Si hacía sólo unos días que lo conocía! ¿Estaba tan desesperada y sola? ¿O era que las cartas de su madre estaban influyendo en su comportamiento?

—No pesas mucho, pero tu resistencia lo hace bastante difícil. Quédate quieta o te tiro a propósito.

Keelin se rindió. No tenía elección. Y por si no tenía otra oportunidad de que aquello ocurriese, disfrutó del momento.

—¿Ahora tengo que informarte de cualquier cosa que haga que tenga un mínimo riesgo? ¿Incluso cuando me haya ido, ahora que eres responsable de mi bienestar…?

—No. Cuando te marches, estarás sola.

Ella sintió la punzada de sus palabras. Él pareció notarlo y dijo:

—Lo siento. No debí decir eso.

—Es la verdad.

—Tendrás amigos, ¿no? No estás totalmente sola, ¿verdad?

—Sí, tengo amigos. Están un poco desperdigados por el mundo… Pero supongo que así, siempre tendré alguien a quien visitar. Y soy la madrina de tres hermosos niños ahora, así que tengo una buena excusa para visitarlos.

—Pero no tienes familia.

—Ya no —ella lo miró y él le respondió con una mirada cálida.

—¿Y es eso lo que quieres?

Keelin hizo un esfuerzo para no contestarle demasiado sinceramente.

El mundo de Garrett estaba a años luz del suyo y Keelin tenía ciertas responsabilidades ahora. Tenía que ocuparse del legado de su madre, tenía que planear su vida, y buscar un lugar al que pudiera llamar hogar. No debía olvidarlo.

Enamorarse de Garrett no cambiaría nada de eso.
—Algún día, tal vez. Antes tengo muchas cosas que hacer.
—¿Como qué?
Keelin sonrió.
Garrett sonrió.
—Eres muy aguda, señorita O'Donnell.
—Bueno, ésa es una cosa que piensas de mí. Y ahora sigue, ya que has empezado.
Él agitó la cabeza.
—No eres tan frágil como pareces exteriormente.
—Y sin embargo aquí estoy, transportada en brazos por el campo…
—Pero no te gusta que lo haga. No te ha quedado más remedio. Te has resistido bastante.
Keelin lo miró.
—No me disgusta, si quieres que te sea sincera. Es una cosa que le gustaría vivir a cualquier mujer en algún momento de su vida. Así que voy a irritarte disfrutando de ello —ella apoyó su mejilla en su cuello, y su frente en la mandíbula de Garrett—. Sigue caminando… —concluyó.
Él respiró profundamente y ella lo miró.
—Eres hermosa. Pero eso ya lo sabes…
Keelin sonrió silenciosamente y se acurrucó en su cuello.
—Mi madre decía en una carta que la belleza es sólo algo exterior, y que se desvanece con el tiempo. Lo que hay en el interior es más importante.
—Era una mujer muy sabia.
—Eso es algo que Dermot le dijo a mi madre cuando estuvo aquí, que ella era hermosa y lo seguiría siendo para él. Hermosa por fuera y por dentro.
Garrett apartó levemente la cabeza para poder ver a Keelin.
—¿Dermot dijo eso?
—Dermot también fue joven alguna vez…
—Sí. Pero ¿quién hubiera dicho que era tan romántico? —sonrió Garrett—. No me extraña que mi madre lo adorase hasta el día en que ella murió.
—Aprende de él…
—Te estoy llevando en brazos por el campo, ¿no es suficientemente caballeroso para ti?
—Bueno…
—Cuidado… Realmente podría tirarte… —le advirtió Garrett.
—No lo harías…

Él la miró con picardía y Keelin sintió un estremecimiento de excitación.

Pero Garrett hizo algo que la sorprendió totalmente.

La soltó unos centímetros en el aire y luego la volvió a levantar, fingiendo que la tiraba.

—¡De acuerdo, de acuerdo…! ¡Eres un caballero! ¡Y muy romántico! —agregó Keelin.

—No he oído eso.

Ella le pegó en la espalda.

—¡Sí, lo has oído! ¡Garrett, bájame!

—Di «por favor».

—¡Por favor! —se rió ella, a pesar de la situación—. ¡Se me está subiendo la sangre a la cabeza!

Él dejó de caminar y bajó su cuerpo lentamente, resbalándolo por el suyo, de manera que su cabeza quedó a la altura de la de él. Ella le sonrió, a pesar de la sensación de calor en su cuerpo, del latido acelerado de su corazón y de su mareo.

Garrett le devolvió la sonrisa.

—Creo que te tomas la derrota muy bien. Es señal de que eres buena deportista. A los hombres les gusta eso de una mujer.

Keelin lo miró, y luego asintió lentamente.

—¿Sabes? Casi me gusto con esa descripción…

—Deberías gustarte. Eres una mujer increíble.

Ella apenas podía respirar.

—Gracias —contestó.

—De nada —Garrett dejó de sonreír y la dejó en el suelo.

Ella lo miró en silencio, deseando que la besara. Una sola vez. Por favor…

Pero la calidez de sus ojos se desvaneció. Él miró por encima de su hombro hacia la carretera. Luego se agachó y la volvió a levantar.

¿Qué había sucedido?

Ella había estado tan segura aquella vez de que la iba a besar…

Garrett empezó a caminar otra vez, en silencio.

—¿Por qué crees que ella lo dejó?

Keelin no comprendió. Luego se dio cuenta:

—¿Te refieres a mi madre?

—Sí. ¿Por qué lo dejó si estaban tan enamorados?

—No lo sé. No he llegado a esa parte todavía.

Garrett apartó levemente la cara para mirarla otra vez.

—Dímelo cuando lo sepas —le dijo.

—Lo haré.

Dejar aquel lugar habría sido muy difícil para su madre, pensó ella. Y no comprendía por qué lo habría hecho.

Porque dejar aquella isla mataría una parte de Keelin.

Capítulo 11

El médico dijo que el hueso no estaba roto, como había dicho Keelin. Pero aun así, Dermot no la dejó volver al hotel. Garrett no dijo nada y su estado de ánimo sombrío siguió todo el día. Sólo demostró entusiasmo cuando Terri apareció con algunos planes para que hicieran cosas juntos.

Keelin se moría de ganas de su calidez y sus bromas, y la amistad que habían intentado construir desde que «habían empezado de nuevo».

Sólo habían pasado unos días desde que había llegado, y sin embargo era como haber pasado toda una vida, como si algo dentro de ella hubiera cambiado y ya no pudiera volver a lo anterior.

Una de las cosas que sentía era aquella sensación de calidez que sentía en un entorno familiar. El ruido constante de la televisión o la radio, las voces y movimientos de los otros…

Porque sabía que allí no estaba sola. Hasta los perros de Garrett la acompañaban. Era como una indicación de cómo podría ser su vida algún día.

Su alma estaba en paz allí.

—Te he preparado una habitación, Keelin. Pero me temo que tendrás que subir a la primera planta —dijo Dermot, sonriendo.

Terri se había ido a la cama hacía unas horas, y Garrett acababa de recoger el ganado.

—Yo la llevaré —dijo Garrett.

—Puedo subir sola —respondió ella.

—El médico dijo que no tenías que apoyar el pie durante veinticuatro horas por lo menos.

—¿Crees que no puedo saltar a la pata coja? Lo haré. Me arrastraré con el trasero, si es necesario.

Por el rabillo del ojo vio a Dermot observar la discusión. ¿Cómo no se daba cuenta Garrett? ¿Qué pensaría Dermot?

Garrett miró a Dermot de lado. Se levantó con la taza de té en la mano y dijo:

—De acuerdo.

Palmeó su muslo para que lo siguieran los perros y se marchó con ellos.

Dermot presenció, callado, la escena. Keelin lo miró.

—Puedes apoyarte en mi hombro, si quieres —dijo el hombre.

—Gracias —respondió Keelin.

Dermot la ayudó a subir.

—Has tenido un gran efecto en Garrett, me parece —dijo Dermot cuando estuvo arriba—. Y no lo culpo…

—Supongo que no hay muchas mujeres que intenten romperse el cuello a los pocos días de conocerlo.

Dermot se rió.

—No, no las hay. Pero me parece que no es algo que le ocurra sólo a él, ¿no?

Ella rogó que la tragase la tierra. Lo que menos quería era una conversación profunda y seria con Dermot sobre Garrett. Sobre todo porque ella misma estaba tratando de aclarar sus emociones.

Así que se quedó callada, esperando que Dermot dejara el tema mientras se acercaban a la puerta de la habitación.

—Lo pasó muy mal con la madre de Terri.

—Lo sé —dijo Keelin, mirando a Dermot.

—Y sería muy triste que repitierais los errores de tu madre y míos.

Ella tragó saliva y respondió:

—Sí, lo sería.

Se detuvieron delante de una puerta maciza de madera. Dermot la abrió y Keelin vio una cama doble de hierro forjado. Antes de dejarla, Dermot la ayudó a ponerse de pie y recobrar el equilibrio.

Y antes de irse le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, criatura. Me alegro mucho de que hayas venido a la isla.

—Yo, también —Keelin sonrió, con el dolor de haber perdido un padre que no era suyo.

Cuando cerró la puerta, sintió que la embargaba la emoción.

¡Cuánto más simples habrían sido las cosas si Dermot hubiera sido su padre y Garrett su hermanastro!, pensó.

De ese modo no habría sentido el conflicto de emociones que sentía por Garrett. Y Dermot no habría temido que ella pudiera seducir a su hijo y hacerle tanto daño como su madre le había hecho a él.

La verdad era que no creía pudiera herir tanto a Garrett.

Ni siquiera la había intentado besar, a pesar de las oportunidades que había tenido.

Su corazón, en cambio, sufría por él. Porque amar a un hombre como Garrett y tener la oportunidad de ser parte de su familia, habría sido un regalo para ella.

Garrett no podía dormir.

Lo había intentado. Pero había sido imposible. No podía olvidar que Keelin estaba en un extremo del pasillo.

¿Cómo se había involucrado con ella tan rápidamente?

No era lógico. Y a él le gustaba la lógica.

No le gustaba sentirse tan fascinado por ella. Y lo peor era que ya la estaba echando de menos antes de que se hubiera ido.

Un sentimiento tan intenso no ocurría a los pocos días de conocer a alguien, ¿no? Así no podía construirse un amor duradero.

¿Amor? Al darse cuenta de que había pronunciado esa palabra, se destapó, furioso, y se puso un pantalón de chándal. Si no iba a dormir, podía adelantar algo de trabajo administrativo. ¡Al menos eso sería algo constructivo!

A la entrada de la cocina se quedó helado al ver a Keelin.

Ésta exclamó, sobresaltada.

—¡Me has asustado! ¡No te he oído venir!

Garrett apretó los dientes. ¡Ella se había puesto una camisa suya!

—¿De dónde has sacado esa camisa?

Keelin, se miró.

—Me la dejó Terri para dormir —contestó.

¿Por qué no le había dado uno de sus camisolas? Pensó él.

—¿Cómo has llegado hasta aquí sola?

Ella sonrió.

—No estoy tan inválida como piensan los hombres de la familia Kincaid. Sólo tardo un poco más en subir y bajar.

Garrett tragó saliva y miró la tetera que había calentar.

—¿Necesitas ayuda para volver a subir?

—No.

—¿Quieres que te prepare un té o algo?

—No. Sólo… Quería un vaso de agua. No podía dormirme —dijo ella con voz trémula.

Él la miró. Keelin estaba temblando. ¿Por qué?

Entonces ella miró su boca, luego su cuello, sus anchos hombros, su pecho viril, subiendo y bajando con su respiración, más agitada cuanto más lo miraba.

Y volvió a mirarlo a los ojos, y vio la misma lucha interna que tenía ella.

En aquel momento pensó que Garrett se iba a dar la vuelta y se iba a marchar. O que le sonreiría, simplemente, y dejaría pasar la oportunidad. Después de todo, lo había hecho otras veces…

Pero tal vez nunca había sido tan obvio que los dos sentían lo mismo.

Y entonces él gruñó y la estrechó en sus brazos.

El beso fue fervoroso, apasionado, hambriento, como si lo hubieran estado reprimiendo toda la vida.

Y no la decepcionó. La volvió loca de placer. Un beso así la marcaría para siempre.

No habría ningún hombre como aquél…

Era suya, pensó ella, en aquel momento… O para siempre.

Y cuando pensó que se moriría por falta de oxígeno, él dejó de besarla, y apoyó su frente en la de ella. Y la silenciosa habitación se llenó con el susurro de su respiración.

—Esto no es buena idea. Para ninguno de los dos.

—Lo sé —dijo ella.

—Y no cambia el hecho de que tenemos vidas muy distintas en lugares diferentes.

—También lo sé…

—Ni el hecho de que te marcharás pronto.

Él no le había sugerido que se quedara más tiempo. Probablemente porque no lo deseara. ¿Y ella? ¿Dejaría todo, su trabajo, sus responsabilidades, su legado por un hombre al que conocía desde hacía unos días? ¿Aunque aquél hubiera sido un beso para toda la vida?

Las relaciones no se basaban en un beso. Las relaciones duraderas, no. Y a pesar del dicho que decía que era mejor haber amado y haber perdido que… Keelin no sabía si iba a poder soportar una pérdida así.

—Lo sé —volvió a decir Keelin.

Garrett asintió levemente contra su cara.

—Preferiría no sentir esto, Keelin.

La confesión le arrancó una parte de su corazón.

Y ella intentó tragarse la sensación de rechazo. Él no quería desearla. Sólo era atracción física, no un sentimiento profundo.

Era normal, se dijo.

—Lo sé —susurró ella.

Garrett le agarró la cara y hundió sus dedos en su pelo suelto. Sujetó la parte de atrás de su cabeza y la volvió a besar. Luego acarició su nariz con la suya.

—Pero lo siento…

Ella suspiró al sentir sus labios acariciándola suavemente, como compensando con ternura la pasión previa. Y Keelin sintió que le robaba el alma.

Sin embargo no podía parar de corresponder cada beso y cada caricia.

No podía frenar su instinto de tocarlo, de sentir los músculos de su espalda mientras lo abrazaba.

Besar a Garrett era un éxtasis y una agonía al mismo tiempo. Éxtasis para el cuerpo, y agonía para el corazón. Y no podía dejar que esa agonía la matase… Así que hizo un esfuerzo y se separó de él.

—Tenemos que parar esto…

—Sí… —respondió él.

Desenredó los dedos de su cabello y la soltó. Se apartó de ella y se quedó inmóvil.

Keelin tuvo el coraje de mirarlo con una sonrisa y dijo:

—No te preocupes —dijo, tragando saliva y humedeciéndose los labios con la lengua. Y siguió con una mentira—: Sobreviviremos —mintió.

Garrett frunció el ceño. Y luego asintió.

—Claro —respondió.

Keelin controló sus emociones y lo observó irse de la cocina silenciosamente.

Cuando oyó que Garrett cerraba la puerta de su habitación en la primera planta, dejó escapar las primeras lágrimas.

Y se juró que sería la única noche que lloraría. Porque no tenía sentido llorar por alguien a quien acababa de conocer. No era posible que tuviera el corazón roto.

Capítulo 12

Garrett desapareció temprano por la mañana al día siguiente, antes de que Keelin bajase a desayunar. Y aunque ella se sintió aliviada en parte, por otro lado también se sintió rechazada.

Pero ¿qué esperaba? ¿Que Garrett actuase como si no hubiera pasado nada?

La verdad era que ella tampoco habría podido hacerlo. Y probablemente si él lo hubiera hecho ella habría sentido que lo que había sucedido entre ellos no había significado nada para él.

Pero él había estado intentando reprimir su atracción hacia ella, ¿no?

El caso es que Dermot no la dejaría marchar hasta que no la viera totalmente bien. Le había hecho prometer que se quedaría por lo menos una noche más y que traería algunas pertenencias del hotel, incluido su pijama.

Cuando Dermot y Terri volvieron a comer después de hacer algunas tareas de la granja, encontraron a Keelin leyendo las cartas de su madre, frente a unos sándwiches y un bizcocho de chocolate que había preparado para cuando volvieran ellos.

—¿Has hecho tú el bizcocho? —preguntó Terri, decidida a cortar un trozo.

Pero Keelin se lo impidió.

—Sí. Pero es para después de los sándwiches. Ve a lavarte las manos.

—No hacía falta que te molestases —dijo Dermot con una sonrisa, mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Aunque no voy a decirte que siento que lo hayas hecho…

—Bueno, tengo que hacer algo para ganarme el sustento —bromeó Keelin.

Terri le sonrió.

—No, de verdad, ¿has hecho tú el bizcocho?

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿No parezco el tipo de mujer que puede hacer un bizcocho? —preguntó Keelin, riendo.

—No.

—No lo soy —Keelin se volvió a reír—. Es la receta de mi amiga Alice. Ni siquiera tienes que tener una jarra para medir.

—Podrías dármela… —le susurró Terri.

—Recuérdamelo y te la apuntaré antes de irme.

Hubo algo que atravesó la expresión de Terri.

Pero antes de que Keelin pudiera descifrarlo, ésta se marchó a lavarse las manos.

Dermot hizo un asentimiento hacia las cartas y se sentó.

—¿Todavía las estás leyendo?

—Sí —Keelin las acarició con la palma de la mano—. Y ahora que he empezado no puedo parar. Os habéis escrito durante un tiempo muy largo…

Dermot volvió a asentir.

—La última fue poco después de que hubieras nacido tú. A partir de entonces se acabaron. Nuestras vidas tomaron caminos diferentes.

—¿La amabas, abuelo? —preguntó Terri, sentándose al lado de Keelin. Luego agarró un sándwich—. Me refiero a la madre de Keelin. ¿La amabas de verdad?

Keelin se sintió incómoda por Dermot. Pero a éste no pareció importarle.

—La amaba profundamente.

—¿Y ella a ti?

Dermot miró a Keelin, y ésta contestó:

—Sí, ella lo amaba.

—Entonces, ¿cómo es que se marchó?

Era un eco de la pregunta que Garrett le había hecho el día anterior mientras la llevaba de regreso a la casa.

Ella había estado tentada de echar una ojeada a las cartas para averiguarlo. Pero prefirió leerlas de principio a fin porque sabía que aquello podría leerse entre líneas.

—No lo sé todavía. No he llegado al final.

—Yo podría contártelo —dijo Dermot.

—¡No! ¡No me lo diga! Yo ya sé que se marchó. Pero esto sería como ver una película y después leer el libro. Sabes cuál es el final, pero quieres leer todas las partes que faltan en la película para tener una historia más completa.

Terri pareció intrigada.

—¿Puedo leerlas después de que las leas tú? —preguntó con la boca llena.

—No, no puedes. Son de la madre de Keelin. Son algo privado —Dermot sonrió indulgentemente a su nieta—. Tan privado como tu habitación. Sólo que tú has puesto un cartel en la puerta.

Terri se encogió de hombros y masticó un rato. Luego dijo:

—Entonces, ¿cómo es el amor a primera vista? ¿Como en las

películas?

Keelin se rió otra vez.

—Oh, yo no he hablado de amor a primera vista.

—¿No crees en él? —preguntó Dermot.

Keelin lo miró, sorprendida. Un hombre tan sensato y tan sabio, con toda su experiencia, era extraño que creyera en aquella fantasía, pensó.

—No. Me temo que no. ¿Va a decirme que usted sí?

—Ocurren cosas más extrañas todavía. Alguna gente se casa a las pocas semanas de conocerse.

—Y se divorcian unos meses más tarde.

—No todos.

—El noventa y nueve por ciento de ellos. No puedes conocer bien a nadie en tan poco tiempo como para saber si puedes pasar el resto de tu vida con él.

Terri parecía fascinada con el tema.

—¿Cuánto tiempo hace falta para conocerlos? Tengo que saber estas cosas, ¿no creéis?

Keelin sonrió.

—Más de cinco minutos, cariño, créeme.

—Yo supe lo que sentía por tu madre a los cinco minutos.

—¡No es posible! —exclamó Keelin, sorprendida—. No podía saber qué clase de persona era, ni qué quería de la vida, ni si se llevarían bien. Esas cosas también tienen importancia.

Él asintió lentamente.

—Sí, no digo que no la tengan. Después de un rato de hablar con ella supe que esas cosas estaban ahí también. Pero el amor no siempre sigue a la razón. A veces simplemente está ahí. Es la persona quien decide probar o no. Mucha gente se enamora de gente con la que no tiene nada que ver ni tiene nada en común y, no obstante, forma una pareja perfecta y viven juntos toda la vida a pesar de todo…

Terri asintió firmemente.

—Yo creo en el amor a primera vista. Es romántico —dijo.

—No es romántico si lleva al sufrimiento —comentó Keelin.

Dermot sonrió con expresión de melancolía.

—Bueno, no siempre tiene un final feliz, eso te lo puedo asegurar.

—Lo siento, Dermot. No he querido… —se lamentó Keelin.

—Sé que no ha sido tu intención —Dermot agarró el cuchillo para cortar un trozo de bizcocho mirando a Keelin brevemente—. Tú lee las cartas, criatura. Y luego hablaremos sobre ellas. Es

posible que respondan algunos interrogantes tuyos… Nunca se sabe…

Keelin no comprendió el verdadero sentido de sus palabras, pero en ese momento Terri interrumpió la conversación diciendo:

—Vamos a ir a encontrarnos con papá en la nueva casa. Tienes que venir a verla. ¡Es preciosa!

El sólo nombre de Garrett hizo que Keelin contuviera la respiración.

—Creí que vivíais aquí…

Terri agitó la cabeza.

—No. No vivimos aquí hasta el año pasado. Estamos reformando nuestra casa. Papá dice que pronto la tendremos lista, y que dejaremos tranquilo a mi abuelo. Así tendrá más tiempo para salir a buscar una abuela guapa para mí. Una abuela que malcríe nietas… —dijo Terri.

Keelin sonrió afectuosamente.

—A mí me gustaría tener una.

—¿Una abuela o una nieta?

—Oh, una de cada, ¿por qué no? —respondió Keelin.

—Quédate aquí, entonces. No te marches, y podrás compartir conmigo mi nueva abuela y tal vez dentro de unos años puedas tener una nieta —Terri guiñó el ojo mientras se servía otro trozo de bizcocho—. Venga, ven a ver la casa… Por favor…

No fue sólo porque Terri se lo rogase. Fue porque quería ver la casa que Garrett estaba construyendo, para poder imaginarla cuando se marchase.

Keelin se había preparado para volver a verlo, pero no para encontrarlo tan atractivo con ropa de trabajo. Terri corrió a los brazos de su padre, y éste se irguió para recibirla.

¡Guau! Estaba muy *sexy*. Keelin tragó saliva. No podía babear cada vez que lo veía, se dijo.

No tenía sentido que sintiera algo tan intenso por él.

Pero el amor no siempre seguía a la razón, había dicho Dermot…

En aquel momento Garrett soltó a su hija y la miró.

Sonrió débilmente, como si aceptase su visita.

Keelin le devolvió la sonrisa.

«A veces simplemente estaba ahí…», recordó las palabras de Dermot. Aunque la llevase inevitablemente a sufrir… pensó.

Garrett disfrutó de volver a abrazar a su hija como cuando era pequeña. Hacía tanto tiempo que no lo hacía…

Probablemente hubiera ayudado a ello la presencia de Keelin, y su esfuerzo por tender un puente entre ellos.

Así que cuando vio a Keelin, no pudo reprimir su felicidad y le dedicó media sonrisa.

Pero tal vez su alegría no se debiera sólo al gesto de su hija, sino a que le gustó volver a ver a Keelin.

Aunque mirarla le recordase cuánto le había costado marcharse de su lado la noche anterior…

Pero eso no le impedía sentir una alegría inmensa de volver a verla y poder mostrarle, orgulloso, su casa.

¿Es que esperaba que ella se hubiera convertido de la noche a la mañana en una mujer que podía ser feliz en Valentia?

Garrett le hizo una seña con la mano para que entrase y le tendió la mano para ayudarla.

—¿Qué tal el tobillo? —Garrett soltó su mano.

—Mejor, creo. Aunque no para los Juegos Olímpicos.

—No, no creo…

Garrett no sabía qué decir. Pero ella pareció satisfecha con el silencio.

Cuando pasaron la línea de árboles y se vio la casa, Keelin exclamó, admirada:

—¡Es hermosa!

—Sí, a mí también me gusta —dijo él, mirando la casa—. He pensado que sería bueno que Terri tuviera un sitio suyo para el futuro. Hace mucho tiempo que me apoyo en Dermot para que me ayude a cuidarla…

—Va a echarte de menos, no obstante —dijo ella—. A ambos.

—No vamos a estar muy lejos. Es hora de que tengamos nuestra casa. Y lo veremos todos los días. Creo que también se alegrará de recuperar su ritmo de vida normal.

Keelin se detuvo y Garrett le preguntó:

—¿Necesitas descansar un momento?

Ella agitó la cabeza.

—No. No soy una inválida, te he dicho. No es eso. Es…

—¿Qué? Venga, quiero saber lo que piensas.

—No puedes seguir eligiendo el futuro de Terri. ¿Cómo es posible que alguien tan inteligente como tú no se dé cuenta de ello?

Eso le pasaba por querer saber, pensó Garrett.

—No lo hago.

—¿No? Acabas de construir una casa para ella. Acabas de

hacerle más difícil elegir su camino, si quisiera irse de aquí. Es un chantaje emocional, Garrett. ¿No te das cuenta?

—No. ¿Crees que porque construya aquí un hogar para Terri, la estoy presionando para que se quede el resto de su vida? Sí, esto será suyo cuando yo ya no esté. Así puedo estar seguro de que tendrá un lugar suyo, al margen de lo que ocurra en su vida. Pero no es una forma de encerrarla en la torre de un moderno castillo.

Keelin miró la casa y dijo:

—¿Y tú qué eres, entonces? ¿Su cuidador? ¿Vas a quedarte esperándola toda la vida hasta que vuelva a reclamarla?

Garrett se preguntó si era así. Porque si lo era, sería como admitir que su vida había acabado a los treinta y cuatro años, que había descartado la idea de rehacerla.

Pero él no creía eso. Siempre había pensado que conocería a alguien como…

Garrett frunció el ceño.

¿Había estado construyendo una casa para compartirla con alguien, entonces? Alguien como…

Garrett maldijo internamente.

—¿Vas a castigarte toda la vida por algo que no fue culpa tuya?

—Realmente no sabes de qué estás hablando —dijo Garrett.

—Dime si me equivoco. ¿Acaso no construyes esta casa para asegurarte de que Terri permanecerá en un lugar seguro? No puedes protegerla de todo en la vida. Ella tiene que aprender de sus propios errores. Amarla es dejarla en libertad para que busque su felicidad, ¿no crees? Y tú también tienes que buscar la tuya. ¡No te hagas eso!

Garrett la miró.

—¿Tú crees que puedes aparecer aquí, psicoanalizar mi vida durante unos días y luego marcharte dejando todo en un paquete? —Garrett agitó la cabeza—. La vida que te está esperando debe de ser perfecta. ¡Me sorprende que hayas estado aquí tanto tiempo sí es así!

Keelin agrandó los ojos, sorprendida.

—No tienes ni idea de lo que será de mi vida cuando me vaya de aquí… ¡Ni yo lo sé!

—¿Y cómo es posible que tú sepas tanto de mi vida? —preguntó, resentido.

—¿Es que no quieres una vida propia, Garrett? ¿No quieres encontrar a alguien y aprovechar la oportunidad de ser feliz? ¿De tener más hijos tan increíbles como Terri? ¿Cómo es posible que no quieras eso?

Garrett se acercó.

—¿Y crees que sería un asunto tuyo si lo deseara? ¿Con quién querría eso? Después de todo, sólo podemos llegar a un beso tú y yo.

Keelin se puso tensa.

Entonces él presionó más:

—Dime, Keelin, ¿por qué diablos te importa a ti lo que me pase a mí, si tú ya no vas a estar aquí? Éste es un alto en tu camino… Para una vida que planearás fuera de Valentia, una vida que este pueblo no podría ofrecerte… Si yo decido pasar mi vida aquí solo o casarme y tener docenas de hijos, a ti no te importa realmente, ¿no?

Garrett agonizó esperando la respuesta. Era un estúpido por querer aquello que no podía tener, pensó.

Era un masoquista por enamorarse de alguien que jamás iba a quedarse ni a darle una oportunidad.

Y eso le hacía sentir mucho resentimiento hacia ella…

Ella lo siguió mirando. Pero él no pudo leer su mirada.

—¡Keelin! ¡Keelin! ¡Ven a ver mi habitación!

Terri estaba en la puerta de entrada, llamándola.

—Voy enseguida —respondió Keelin. Lo miró una vez más y pasó por delante de él.

—No has respondido mi pregunta —le dijo él, agarrándola del codo.

—¿Qué pregunta exactamente?

—¿Por qué diablos puede importarte a ti lo que yo haga o deje de hacer y con quién, si tú no vas a estar aquí?

En el fondo de su corazón, él tenía la esperanza de que le diera la respuesta que quería.

—No. Tienes razón. No es asunto mío, porque me voy a marchar… Pero eso no quiere decir que no me importe, Garrett. Aunque la verdad es que no sé por qué.

Capítulo 13

Garrett le mostró la casa en compañía de Terri. Estuvo callado y de mal humor. A Keelin le habían dolido sus palabras. Si la casa le había parecido preciosa desde fuera, por dentro era magnífica.

Cada una de las ventanas del fondo daba al océano, y los pisos de madera brillaban con una pátina que rezumaba calidez.

Garrett había construido un hogar. Un hogar donde permanecería solo hasta que Terri decidiera cuál era su lugar en el mundo, o hasta que se casara y llenase la casa de risa de niños con ojos de color chocolate y cabello despeinado. Sus pasos y sus voces sonarían en los suelos de madera de habitación a habitación con amor.

Pero no habría lugar para ella.

De pronto vio un cuadro y se sintió atraída inevitablemente hacia él.

—¿Keelin? —Terri se acercó a ella y la miró—: ¿Qué te ocurre? Pareces triste.

Keelin desvió la mirada del cuadro y sonrió a Terri trémulamente.

—¿Sabes cómo ha llegado hasta aquí este cuadro?

—¿Papá? ¿No era un cuadro del abuelo de la otra casa? Solía estar en el vestíbulo de arriba, ¿no?

Garrett se acercó. Ella sintió un estremecimiento al notar su presencia.

—Sí. Fue un regalo de bodas cuando el abuelo se casó con la abuela. Lo recuerdo porque hubo un gran revuelo cuando lo enviaron. La abuela estaba muy contenta. Era la primera vez que tenía una obra de arte original.

Keelin volvió a mirar el cuadro, estudiando cada, trazo y cada color, buscando la firma. Pero a ella no le hacía falta.

Garrea bajó la voz y habló con más suavidad, como si se le hubiera ido algo de su enfado.

—Es una vista de la isla. No muy lejos del faro, creo. Dermot quiso que estuviera en un lugar preferente de la casa. Hasta eligió la pared en la que debía ir…

Pasó un momento y luego Garrett respiró profundamente, como dándose cuenta.

Keelin asintió, luego le sonrió brevemente.

—Espero que lo tengas asegurado. Está sin firmar, pero sin duda es obra de ella —respondió.

—¿Conoces tan bien toda su obra?

—Debo conocerla. Soy merchante. Mi trabajo es conocer su obra, y la de muchos otros también.

—No lo sabía…

—No, no me lo has preguntado —dijo Keelin—. Aunque tal vez yo te haya dado la impresión de no tener otra profesión más que la de niña mimada y rica.

—Yo no he dicho que fueses mimada. Y ambos sabemos que no lo eras. Te ganabas el sustento.

—Algo así. Si vivía con una artista, lo más lógico era estudiar Arte. Eso nos dio la oportunidad a mi madre y a mí de hablar y debatir muchas cosas cuando pasé mi estadio de rebeldía…

Garrett se quedó callado y luego preguntó:

—Entonces, ¿es ésa la vida a la que vuelves?

En un intento de hacerle daño para desquitarse, Keelin contestó:

—Eso no importa realmente, ¿no?

No podía decir más delante de Terri. Pero fue suficiente. Él comprendió lo que quería decir, y la miró con resentimiento.

—Ésta es una obra de sus comienzos, al final de su período paisajista, creo. Pero es muy particular —comentó Keelin—. Apuesto a que lo hizo especialmente para Dermot cuando supo que se iba a casar. Debe de valer una fortuna ahora que ella ha muerto…

—¿Cuánto? —preguntó Terri, sonriendo—. ¿Tanto como para ir de compras o para dar una vuelta al mundo? A mí me vendría bien cualquiera de las dos cosas…

Keelin sonrió.

—Cariño, debe de costar lo que una vuelta al mundo y el valor de una casa como ésta… Y eso ahora. Cuando lo heredes costará mucho más. Podrás jubilarte anticipadamente.

—No está en venta.

Keelin se dio la vuelta para mirar a Garrett.

—Oh, creo que deberías volver a pensártelo.

—Ha sido un regalo de Dermot para dar calidez a nuestra casa. No me importa su valor monetario.

—Lo comprendo, pero no sé si lo querrás tener aquí —Keelin desvió la mirada de Garrett y le señaló un extremo del cuadro—. Porque, ¿ves esa niña pequeña que está jugando con la cinta? Soy yo. Mi madre me puso en Valentia aun antes de que yo supiera

dónde estaba.

Terri exclamó detrás de ella, se acercó a mirar y rodeó la cintura de Keelin. Ésta hizo lo mismo automáticamente, sin pensarlo.

—¿Piensas que tu madre sabía que vendrías aquí algún día? —preguntó Terri.

Keelin tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar escapar las lágrimas que pujaban por salir.

—Creo que pintó esto para Dermot, incluso antes de saber que se iba a casar. Puede llevar meses pintar un cuadro tan grande como éste. Y creo que fue su despedida. Su forma de decirle «lo siento», mostrándole un poco de lo que podría haber sido. En algún otro mundo, con las mismas opciones, ella tal vez se habría quedado aquí. Esa niña habría sido yo, jugando en la isla en la que vivía, porque habría crecido aquí con mi madre y Dermot.

Donde habría conocido a Garrett mucho antes, podría haber agregado Keelin. Donde habrían tenido tiempo de conocerse sin las barreras que ahora tenían entre ellos. ¿Y quién sabe? Tal vez se hubieran enamorado realmente, hubieran creído en el amor… Y Terri habría sido la hija de ella…

Pero eso era un sueño. Un final feliz para una casa que Garrett había construido para que tuviera un final feliz, donde viviría con otra persona, tal vez. Una persona a la que él pudiera amar con toda su intensidad y quien pudiera amarlo a él.

Keelin volvió a sonreír a Terri antes de apartarse del cuadro. Porque tenía miedo de que Garrett pudiera adivinar en su mirada lo que estaba sintiendo.

—Keelin… —dijo Garrett cuando ella estaba en medio de la habitación.

Ella no pudo contestar porque sonó su teléfono móvil. Le costó reconocer el sonido porque le parecía que hacía siglos que no lo oía. Hasta se había olvidado de que lo tenía en el bolsillo de su abrigo.

—Hola, Jackson —contestó.

Garrett volvió a mirar el cuadro, como si mirarlo por milésima vez pudiera ayudarlo a reconocer a Keelin. ¿Había estado mirando inconscientemente aquel cuadro durante años cuando estaba en casa de Dermot y por eso, cuando había visto a Keelin por primera vez, se había sentido atraído hacia ella?

Keelin suspiró y cambió el tono de voz.

—Sí, lo sé. La cobertura aquí es muy mala. Es la primera vez que suena desde hace días. No, no he recibido ningún mensaje. Ya te lo he dicho… no hay cobertura…

Aquélla era una explicación racional. No lo que le pasaba a él.

Porque no podía ser amor después de apenas una semana, ¿no?

Tal vez, si ella se quedase más tiempo, lo sabría.

Pero eso significaría pedirle que se quedara, ¿no?

—No pueden tomar esa decisión sin mí, Jackson…

Garrett la vio fruncir el ceño. Una sola vez le había pedido a alguien que se quedara y había resultado un desastre…

—¿Cuándo? ¿A qué hora mañana? Jackson, sí… Pero si me lo hubieras dicho con más antelación… Bien. De acuerdo. Allí estaré —alzó la mirada y se encontró con los ojos de Garrett.

Y éste sintió que se le retorcía el corazón.

¿Por qué sentía todas aquellas sensaciones con ella?

Pero cuando finalmente reconoció cuál era la verdadera respuesta a aquella pregunta, la oyó decir lo que había estado esperando que dijera todo aquel tiempo: —Me voy esta noche.

—¡No puedes irte ya! —reaccionó Terri antes que Garrett.

Él cerró los ojos un momento. Aquello era exactamente lo que él había temido.

—Terri…

—¿Y nuestro día de compras?

Keelin se puso pálida, y Garrett, al mirar la cara de angustia de su hija, se dio cuenta de que Keelin sabía lo que acababa de causar.

—Keelin no puede negarse a ir, si necesitan que vuelva, Terri.

—Pero… —Terri apretó los dientes para no desahogar su decepción—. Bien. Que tengas buen viaje.

—Terri… —Keelin se acercó a Terri, pero ésta corrió a su habitación.

Keelin intentó seguirla, pero Garrett la detuvo.

—Déjala. Se le pasará dentro de un rato.

La voz de Keelin tembló.

—¡Pero ella estaba tan ilusionada con ir! Y yo se lo había prometido.

—Bueno, tal vez sea mejor que no siga tomándote cariño. Tu partida siempre iba a causar dolor —y él sabía, mientras lo decía, que no hablaba sólo de Terri.

Como si ella lo hubiera intuido, Keelin lo miró.

—No tengo elección, Garrett. Tengo que irme. Soy la fideicomisaria de la herencia de mi madre, y eso incluye todas sus obras. No puedo no…

—¿Seguir viviendo tu vida a través de la de tu madre, de la misma forma en que me has acusado de vivir la mía a través de Terri? —preguntó Garrett con amargura.

Keelin respiró profundamente.

—Su legado me fue confiado a mí. ¿Quién sino yo va a salvaguardarlo para el futuro?

—¿Y entonces qué harás? ¿Vas a estar pendiente de él el resto de tu vida?

Ella se acercó y lo miró con ojos de furia.

—¿Y por qué podría importarte lo que hago con mi vida si ya no voy a estar aquí? Del mismo modo que a mí no debería importarme si tú…

—¿Si derrocho mi vida cuidando de este sitio? —Garrett se rió sarcásticamente—. Pero ¿no es eso exactamente lo que eres tú? Tú eres la cuidadora de la vida de tu madre. Vives a través de ella. Así que no tienes derecho a criticarme, ¿no crees?

—Bueno, ya ves. En eso te equivocas, Garrett. Es exactamente eso lo que me da derecho. ¡Porque sé lo que es estar tan atada a una persona, a sus esperanzas y a su legado, que no eres capaz de hacer nada por ti misma! No hay nadie más cualificada que yo para hacerlo. Porque si tuviera la posibilidad, en este mismo momento, yo…

—¿Qué, Keelin? —Garrett se acercó a ella. Olió su fragancia, sintió la presencia de su cuerpo…

Keelin lo miró, levantó la barbilla y se humedeció los labios.

Y Garrett tuvo que hacer un esfuerzo para no besarla otra vez. Una última vez. Para que el último recuerdo que tuviera ella de su visita a la isla fuera de él, de su pasión y deseo mutuo. Porque no tendrían otra cosa en común, pero sí deseo.

Pero ella desvió la mirada. Y él agitó la cabeza, pensando en lo estúpido que era. Y se echó atrás.

—Dermot está hablando con el arquitecto de jardines afuera. Él te llevará al hotel —Garrett intentó no mirarla, pero no pudo evitarlo una sola vez más.

Los ojos de Keelin parecían muertos.

Garrett se dio la vuelta y dijo:

—Cuida tu tobillo al conducir.

—Es un coche automático.

—Entonces, estarás bien.

—No, en realidad… —ella se dio la vuelta y murmuró, mientras pasaba por delante de él—: Dudo que vuelva a estar bien.

Capítulo 14

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás sola? Oh, por favor, dime que no has venido aquí sola…

La niña asintió mientras Keelin subía el último peldaño de su porche.

—¿Qué ha sucedido? ¿Sabe tu padre que estás aquí? —Keelin suavizó la voz Terri agitó la cabeza.

—Ayer tuvimos nuestra primera pelea de adultos.

—¿Y te escapaste?

—Quería verte.

Keelin sonrió al ver la cara de niña abandonada que tenía Terri.

—Vayamos dentro. Primero llamaremos por teléfono a tu padre, para que sepa que estás bien, y luego hablaremos.

Ella sabía que Garrett estaría preocupadísimo. Pero peor estaría cuando supiera dónde estaba su hija. El haber atravesado el país sola demostraba tenacidad, ingenuidad y determinación de parte de Terri. Pero también había sido una tontería, una falta de consideración y un acto de egoísmo. Seguramente Garrett se concentraría en estas últimas tres cosas.

Keelin sabía que Garrett le echaría la culpa a ella.

Por haber ido a Valentia, por haberlos conocido a todos ellos, por hacerse amiga de Terri…

Pero ella no se iba a disculpar por ninguna de esas cosas.

Pero Terri tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Le dio el teléfono.

—Dile que yo te voy a llevar de vuelta —le dijo a Terri.

Aquello iba a ser muy duro para ella. ¡Volver a Valentia! ¡Después de lo que le había costado marcharse hacía una semana! ¡Y volver a ver a Garrett!

Había intentado convencerse de que lo que sentía por Garrett no podía ser nada importante y que lo olvidaría. Pero él aparecía demasiado a menudo en sus pensamientos y en sus sueños.

—Quiere hablar contigo —Terri le dio el auricular y susurró un «lo siento».

La mano de Keelin tembló cuando agarró el teléfono.

—Hola, Garrett.

Hubo un momento de silencio al otro lado.

—Hola, Keelin —ella lo oyó tomar aire—. Siento esto. No se me había ocurrido que podía ir a verte, estando tú tan lejos…

Keelin frunció el ceño a Terri y le indicó con la mano dónde estaba la cocina para que hiciera un té. Se sentó en un banco del salón y se quitó los zapatos de tacón.

—Debes de haber estado angustiado. Si hubiera sabido que iba a hacer esto, jamás le habría dejado mi dirección. Se suponía que era por si quería escribirme algún día…

—Lo sé. Y no es culpa tuya.

Hubo otro silencio incómodo. Luego Keelin controló su respiración antes de volver a hablar:

—¿Puedo preguntarte cuál ha sido la discusión?

—¿No te lo ha dicho?

—No. Cuando he llegado aquí me la he encontrado en el umbral de mi puerta, y lo primero que he hecho ha sido decirle que te llame.

—Gracias.

Ahora que escuchaba su voz se daba cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—Puedo ir a buscarla —dijo Garrett.

—No, estás ocupado. Yo he terminado el trabajo, de momento. Hemos formado una junta de fideicomisarios, así que no me molesta hacer el viaje. Terri debió de venir aquí porque necesitaba hablar, y tenemos la oportunidad perfecta en el viaje de vuelta. Si no te importa… —agregó, temiendo que a Garrett le molestase que ella fuera confidente de Terri.

—¿Que hables con ella? No, no hay problema.

—Es que la última vez que nos vimos no nos despedimos muy amigablemente…

Hubo otro silencio incómodo.

—Terri te ha echado de menos.

¡Cuánto hubiera deseado ella que fuese él quien la echaba de menos!

—Yo también la he echado de menos —respondió—. Y sé que es una tontería, porque apenas hemos tenido tiempo de conocemos…

—Fue el tiempo suficiente para causar una gran impresión en Terri. Ella necesita un modelo femenino en este momento… Y tú tienes muchas cosas en común con ella.

—Sí, sí supongo…

Era la conversación telefónica más incómoda que había tenido en su vida, pensó ella.

—Bueno, entonces os veré cuando lleguéis aquí —dijo él.

Keelin se excitó ante la idea. Luego el alma se le fue a los pies cuando pensó que aquello sólo le traería más sufrimiento.

—De acuerdo. Estaremos allí en unas horas.

Keelin se quedó con el auricular en el oído un momento. Luego colgó finalmente.

Apareció Terri con un par de tazas de té y una mirada de disculpa.

—¿Te ha chillado?

—No, no me ha gritado —Keelin aceptó una de las tazas y palmeó el banco para que Terri se sentara a su lado—. Esto debe de haber asustado mucho a tu padre. Tú eres su vida, Terri. Él te quiere mucho. Si hubiera sucedido algo…

—Sé que me quiere. Yo también lo quiero. Sólo que me gustaría que él confiara en mí y que se diera cuenta de que ya no soy una niña pequeña —dijo Terri.

—No debe de ser fácil aceptar eso para él. Tú has sido su pequeña toda tu vida. Tu padre quiere tu bien. Pero tienes que permitirle que se equivoque alguna vez. Como te equivocas tú. Por ejemplo, no diciéndole que venías.

—Él no me habría dejado venir.

El corazón de Keelin sintió dolor. Porque Terri tenía razón.

—Igual, deberías habérselo preguntado.

—Lo sé —la niña lloriqueó—. Yo quería hablar contigo y él no quería que lo hiciera.

—¿Tu padre te dijo que no podías hablar conmigo?

—Me dijo que tú tenías tu vida y que probablemente estarías muy ocupada para escucharme.

¿Cómo había podido hacerlo? Se preguntó Keelin. Se sintió herida.

—Ha estado como un animal herido desde que te marchaste…

Pero Keelin estaba demasiado apenada como para reflexionar por qué.

—Hablaré con tu padre. Pero tienes que prometerme que no volverás a hacer algo así. Si quieres hablar conmigo, sólo tienes que llamarme. Te prometo que siempre estaré dispuesta a escucharte, siempre.

Terri abrazó a Keelin.

—¿Fue él quien te hizo marchar? ¿Te fuiste porque no te caía bien mi padre?

—No —Keelin tenía un nudo en la garganta—. Me fui porque tenía cosas que hacer.

Terri levantó la cabeza del hombro de Keelin y dijo:

—Tuvisteis una pelea, de todos modos, ¿no?

—Sí. No estamos de acuerdo en muchas cosas.

—Mi abuelo tuvo una pelea con él también, después de que te fuiste. Dijo que mi padre era un idiota por cometer el mismo error que él.

Keelin abrazó más a Terri y dijo:

—Siento que haya sucedido eso y que hayas tenido que oírlo, de verdad. No he querido causar discusiones…

—Fue porque mi padre te dejó marchar como mi abuelo dejó marchar a tu madre, ¿no?

—Eso fue distinto. Ellos se amaban.

—¿No podrías llegar a amar a mi padre, Keelin? Si lo conocieras mejor, quiero decir —Terri sonrió con esperanza en sus ojos—. No es tan malo, de verdad. Y no está mal físicamente, ¿sabes? Para tener su edad. Me lo dicen mis compañeras de la escuela. Y tenemos la casa nueva…

—Terri…

¿Cómo podía decirle que ella no era el problema? Que ya lo amaba.

—Lo sé. Lo siento. No es asunto mío. Mi padre me lo ha dicho también. ¡Pero habría sido tan *guay* tenerte por mamá! ¡Me hubiera encantado!

Garrett las estaba esperando en la puerta cuando ellas abrieron la puerta de la cerca, donde él había abrazado a Keelin por primera vez.

Ella contuvo la respiración al verlo, a pesar de sentirse herida porque Garrett no permitía a Terri tener contacto con ella. Pero él lo había hecho por su hija…

Era un hombre que había hecho lo que creía mejor para su hija. Un hombre que podía estar orgulloso de cómo había criado a su hija…

Terri se dio la vuelta y abrazó a Keelin.

—Gracias —le dijo—. Por todo. Por traerme a casa y por la conversación en el viaje. Te quiero.

Keelin se alegró de que la niña fuera capaz de expresar tan libremente sus sentimientos.

—Yo también te quiero —le contestó—. Hablaremos pronto, te lo prometo. Y habla con tu padre de toda esto, por favor. Hazlo por mí, ¿vale? Te escuchará Sé paciente con él. Quiere hacer lo mejor

por ti.

—Lo sé —pestañeó Terri.

Keelin vio a Terri caminar en dirección a Garren y abrazarlo. Ella tragó saliva al ver la escena.

Cuando él dejó de abrazar a su hija, la buscó con la mirada. Y ella se preparó para su reencuentro.

Terri desapareció dentro de la casa y la saludó de lejos con la mano y una sonrisa triste en el rostro.

Garrett fue en dirección a ella.

—Gracias por traerla a casa.

—De nada.

—Terri te ha tomado mucho cariño…

Keelin se rió nerviosamente.

—Bueno, al parecer, aunque la gente no quiera creérselo, no hay ninguna restricción de tiempo para que la gente se tome cariño mutuamente.

Garrett se detuvo. Y ella se dio cuenta de lo que acababa de decir y sus implicaciones.

—Aunque tal vez, si tú no le hubieras prohibido hablar conmigo, no habría sido tan importante para ella… No te vendría mal aprender un poco de psicología…

—Si hubiera sabido lo importante que era para ella, jamás le habría prohibido verte o escribirte. Pensé que sería más fácil olvidarte para ella, si no seguía el contacto contigo. Terri se cree que es adulta, Keelin. Pero no lo es. Es aún una niña. Y a los niños se los hiere fácilmente.

—Y tu actitud no tiene nada que ver con lo que tú sientes, por mí, ¿verdad, Garrett? —preguntó ella con voz temblorosa, pero con valentía—. Si crees que Terri me importa tan poco como para no hacerle caso cuando me necesita, no me conoces. Tal vez debí hacerte caso al principio, cuando me advertiste que no me hiciera amiga suya. Si Terri me necesita, allí estaré —ella se dio la vuelta, enfadada, cerrando tan fuertemente la puerta de la cerca, que chirrió.

Luego caminó hacia el coche. Cuando tenía la mano puesta en el picaporte, oyó la voz de Garrett:

—Vale. Es posible que mi actitud se deba más a mis sentimientos hacia ti que a mi desconfianza de tu amistad con ella. No voy a impedirle que hable contigo, Keelin, cuando necesite hablar de cosas que, evidentemente, no puede hablar conmigo. Y aunque no me guste, me alegro de que te tenga.

—Yo jamás haría nada para interponerme entre vosotros dos.

Terri necesita una mujer con la que hablar. Eso es todo.

—Lo que realmente necesita es una madre. Pero yo no puedo forzar a nadie a que lo sea. Supongo que una amiga como tú es lo más parecido a una madre que puede tener.

—Yo la quiero, Garrett, aunque nos conozcamos desde hace poco tiempo. Y no quiero que desaparezca ese cariño. He sentido eso por tu familia casi desde el principio. Tal vez sea una señal de cuánto desearía tener la mía propia algún día… —lo miró por el rabillo del ojo.

Garrett la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Así que Keelin abrió la puerta del coche.

—Espera —le pidió Garrett, entonces.

Ella se quedó petrificada. Su corazón latía aceleradamente.

—No te marches.

Capítulo 15

Keelin no sabía si había oído bien. Así que se dio la vuelta, esperando confirmar lo que él había dicho.

Entonces él lo dijo más firmemente:

—No te vayas.

Keelin agitó la cabeza.

—Tú no quieres que me quede —respondió.

—Te equivocas. ¡No sabes cuánto deseo que te quedes!

—¡Pero si ni siquiera quieres que Terri hable conmigo!

—Tú tenías razón. En parte eso es por lo que yo siento por ti. Pensé que no llevaría bien oír a Terri hablar de ti todo el tiempo, o que tuviera derecho a verte mientras que yo no.

Keelin no podía creer lo que estaba oyendo.

—Jamás debí decir las cosas que te dije la última vez que discutimos, Keelin. Pero esto no es fácil para mí. Me he resistido a admitir lo que siento por ti, porque no me parecía lógico. Y supongo que ha sido más fácil echarte la culpa de ello que hablar contigo.

—¿Y qué sientes? —preguntó ella en tono suave.

Garrett relajó el ceño y puso cara de determinación mientras caminaba hacia ella.

Quitó la mano de Keelin de la puerta del coche y se la agarró. Luego obligó a Keelin a darse la vuelta y la apoyó en el coche. La miró a los ojos y le dijo: —Nunca pensé que algo tan grande pudiera ocurrir tan rápido. Creí que el amor tenía que estar basado en algo sólido primero: una amistad, algo en común, intereses compartidos. No sé, en algo. Y esto ha sido algo tan inesperado… Así que quise convencerme de que no era real. Pero lo es, Keelin. Me di cuenta de ello cuando te marchaste, por el dolor que sentí. Y por la alegría inmensa que me asaltó cuando te he visto hoy.

Keelin no podía hablar.

—Pensé que haría el ridículo pidiéndote que te quedases. Pero Dermot me ha hecho ver que lo haría más no pidiéndotelo. Hemos tenido un debate acerca de esto. Ya ves, él cree hasta hoy que, si hubiera luchado por el amor de tu madre, las cosas habrían sido diferentes. Y no quería que yo cometiera el mismo error.

¿Había querido decir eso Dermot cuando le había dicho que era triste que la historia se repitiera otra vez? Ella había pensado que le

estaba advirtiendo que no hiriese a Garrett como su anterior mujer.

—Creo que tenía razón —dijo Keelin—. He terminado de leer las cartas. Y mi madre lo amó siempre. De hecho, creo que ése es el motivo por el que mi madre no se casó nunca. Se marchó de aquí para continuar su carrera, cuando le ofrecieron una beca, y como Dermot no le pidió que volviera, su relación se fue borrando simplemente. Y ninguno de los dos tuvo el coraje de luchar por lo que tenían. Es muy triste. Podrían haber sido felices juntos. Pero tu padre tuvo a tu madre, y te tuvo a ti, y mi madre tuvo una carrera brillante y me tuvo a mí, así que no estuvieron solos.

—No, no lo estuvieron.

Keelin se acercó a Garrett y agarró su mano, con esperanza.

—Pero yo no quiero que eso nos pase a nosotros.

Garrett le agarró la cara con la otra mano y hundió sus dedos en su pelo, como había hecho el día que la había besado.

—Entonces, no te vayas, Keelin. Quédate. Tal vez con el tiempo aprendas a amarme tanto como te amo yo. Si tenemos tiempo de conocernos más, podemos hacer que esto funcione.

Ella iba a decir algo, pero él continuó:

—Sé que tienes responsabilidades lejos de aquí, y sé que no te será fácil adaptarte a vivir en un sitio como éste. Pero algo tan especial como esto vale el esfuerzo de una negociación, ¿no crees? Si sabemos que es lo que queremos, encontraremos el modo de solucionarlo. Tenemos la ventaja de que sientes cariño por mi familia, y ellos te quieren. Así que, quédate. Y te prometo que no intentaré apartarte nunca más…

No era nada extraño que se hubiera enamorado locamente de aquel hombre, pensó Keelin. En realidad, todo aquello había estado dentro de él desde el principio, esperando encontrar la mujer apropiada para confiárselo. Y Keelin se sentía humildemente orgullosa de que la hubiera escogido a ella. Él había encontrado el coraje de confesarle su amor, aun cuando la última mujer a la que había amado lo había abandonado.

Pero eso no iba a suceder aquella vez.

—No necesito aprender a amarte, Garrett…

—Puedo intentar conquistarte. Normalmente no soy tan desgraciado como lo he sido contigo.

Ella se rió.

—Yo tampoco he sido muy dulce… Pero no tienes que conquistarme, de verdad. Porque te amo. Me he enamorado de ti desde el primer día.

Sus hermosos ojos chocolate la miraron, asombrados.

—¿De verdad?
Keelin asintió.
—Sí. Pero también me resistí a creerlo y a aceptarlo. No creo en el amor a primera vista.
—Yo, tampoco.
Se rieron al mismo tiempo. Luego Keelin rodeó su cintura con su brazo y tiró de él, de manera que su cuerpo quedase entre el coche de metal y el cuerpo de Garrett.
Garrett le sonrió y la miró con amor. Keelin casi se derritió.
—Entonces, ¿te quedas y vemos qué pasa?
—No —al ver que él se ponía serio, agregó—: Me quedaré y lucharemos por nuestro amor. A lo mejor no tenemos que tener la base que creemos que hace falta para empezar. Tal vez nuestra base sea el amor. Es nuestro don. Y sobre él podemos construir todo lo demás…
Garrett bajó la cabeza y le susurró:
—He encontrado lo que me faltaba en la vida… —dijo él.
—¿Sabes que voy a casarme contigo?
—Sí, lo sé. Pero esperaremos un poco para que no haya nada que se tambalee en el camino. Y entonces te lo pediré apropiadamente. Quiero que nuestro matrimonio funcione desde el principio.
Keelin asintió.
—Estoy de acuerdo —dijo—. Deberíamos ser prácticos también, para dar ejemplo a nuestros hijos, al menos.
—¿Quieres tener hijos conmigo, Keelin?
—Sí. Me apetece mucho. Quiero una casa llena de niños. Eres un padre maravilloso, Garrett, aun cuando te equivoques a veces. ¿Cómo no voy a querer que mis hijos tengan un padre así?
—¡No sabes cuánto te amo! —exclamó Garrett.
—Y mejor, ¿por qué no me lo demuestras? —sonrió Keelin.
Garrett se apretó contra ella y la besó.
Ella siempre había fantaseado con aquello, pero siempre se veía sola cuando abría los ojos…
Pero aquella vez, no.
Le rodeó el cuello y lo volvió a besar.
Serían felices para siempre en aquella casa destinada a ello.
Lucharían duramente para construir la vida que Dermot y su madre se habían perdido.
Ella sabía que su madre sonreiría al verlos. Porque había sido ella quien la había llevado hasta aquel lugar cerca de la costa de Kerry, ¿no? Como si hubiera sabido que aquél era su lugar.

Epílogo

—Bueno, si todos creían que estábamos locos por enamorarnos a los pocos días, ahora se van a sorprender más con esto, ¿no?

—Son las alegrías de vivir en un sitio pequeño, amor mío… —dijo Garrett.

—Están esperando que fracasemos, ¿no crees?

—Algunos, quizás. Cuando la gente se hace mayor no cree en cosas tan románticas…

Ahora tenían algo más que su amor como base de su relación.

Habían luchado para adaptarse a los cambios y a sus puntos de vista diferentes. Pero conversaban largo y tendido y cuando no llegaban a un acuerdo, negociaban.

Y ahora se estaban mudando a la nueva casa que Garrett había construido antes de que se conocieran.

Los cínicos del pueblo podrían decir lo que quisieran. Ellos les demostrarían que estaban equivocados.

—¿Estás lista para volver?

—No, un momento.

—De acuerdo. Pero cuanto antes volvamos, antes podremos marcharnos.

—Tienes razón.

Lo que alguna vez a él le había parecido irracional ahora le parecía perfecto. Encajaban estupendamente. Y formaban una familia unida con Terri y Dermot.

—¡Papá! ¡Tienes que traer a Keelin! —gritó Terri—. Abuelo dice que tiene que pronunciar el discurso, antes de que el champán se le suba a la cabeza.

Keelin se rió. Y Garrett la soltó para dejar que agarrase la cola de su vestido blanco.

—No te rías. Probablemente tenga razón. Esta mañana estaba más nervioso que yo, así que es posible que haya tomado mucho champán para serenarse —dijo él.

—¿Y dices tú que no estabas nervioso? —Keelin alzó la ceja.

—No lo estaba. Sabía que casarme contigo era lo mejor que podía hacer. Pero Dermot estaba decidido a que fuese el evento más importante de la historia de la isla, y quería que todo saliera perfecto.

—Fue hermoso, no obstante…

—Te amo, señora Kincaid.

—Dilo otra vez —suspiró ella.

—Te amo, señora Kincaid.

—¡Papá! ¡Venga! —gritó Terri.

Keelin entró en la carpa de la mano de Garrett en el momento en que Dermot golpeaba la copa con un tenedor.

Keelin se puso de puntillas para susurrar a su marido:

—¿Sabes? Podríamos tener un bebé enseguida, así pensarán que nos hemos casado tan rápido porque yo estaba embarazada…

Garrett se rió y respondió:

—Bueno, no veo la hora de intentarlo, si tú quieres…

Dermot carraspeó y la habitación se quedó en silencio.

—Quiero agradecer a todos por venir a la boda con tan poca antelación. Sabéis que no soy un hombre de muchas palabras. Pero antes de que corten esta bonita tarta que hicieron en el hotel de Patrick, en Kinghtstown… —hubo aplausos— quiero desear la bienvenida a Keelin a nuestra familia.

Los ojos de Keelin se llenaron de lágrimas.

—Me he sentido orgulloso de llevarte al altar, criatura. Sé que tú y Garrett seréis muy felices y me alegro de que el destino te haya traído hasta aquí —carraspeó otra vez—. Tú eres la hija que yo hubiera querido tener —Dermot se emocionó.

Ella dijo «gracias» en silencio.

Y todos brindaron por los novios.

Keelin miró a Garrett y notó un brillo sospechoso en sus ojos.

—Ahora tienes la familia que querías, amor mío —dijo él.

—Sí.

No podía pedir más, pensó ella.

Fin